

EL COLEGIO DE MÉXICO

*Boletín* 166 *Editorial*

NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 2013



**De los siempre controvertidos e imprescindibles  
libros de texto gratuitos**

*Rebeca Barriga Villanueva*

**Una de las más importantes  
conquistas sociales del siglo xx**

*Elisa Bonilla*

**Esta doble mirada sobre mis libros de texto**

*Laura Athié*

**Los libros de texto gratuitos**

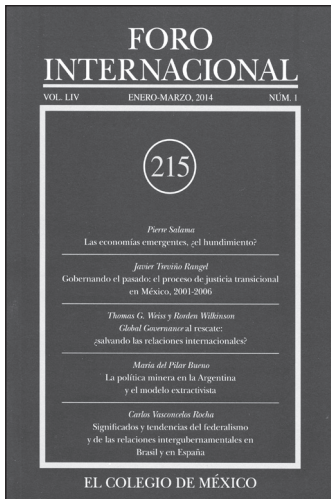
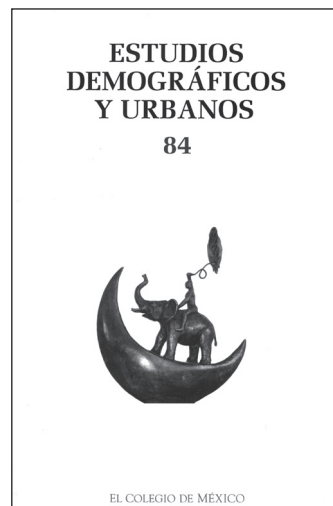
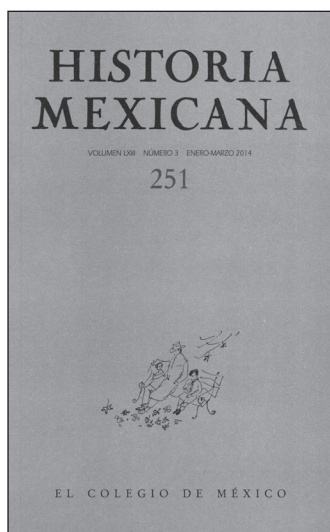
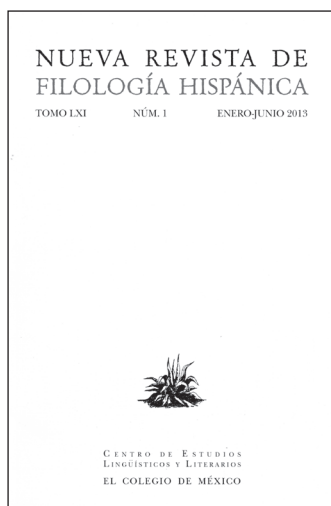
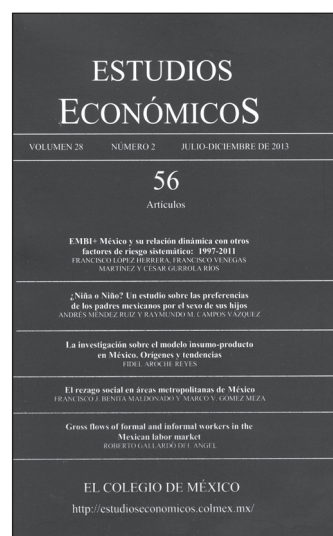
*Jaime Torres Bodet*

# PUBLICACIONES PERIÓDICICAS



## EL COLEGIO DE MÉXICO

Publicaciones



El Colegio de México, A. C.,  
 Dirección de Publicaciones,  
 Camino al Ajusco 20,  
 Pedregal de Santa Teresa,  
 10740 México, D. F.  
 Para mayores informes:  
 Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,  
 Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:  
 publicolmex@colmex.mx



# Í N D I C E

De los siempre controvertidos e imprescindibles  
libros de texto gratuitos

■ *Rebeca Barriga Villanueva* ■ 3

Una de las más importantes  
conquistas sociales del siglo XX

■ *Elisa Bonilla* ■ 11

Esta doble mirada sobre mis libros de texto

■ *Laura Athié* ■ 19

Los libros de texto gratuitos

■ *Jaime Torres Bodet* ■ 29

Portada: *La Patria*, óleo de Jorge González Camarena, 1962.

---

EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D.F. Tel. 5449 3000, ext. 3077

*Presidente* JAVIER GARCIADIEGO DANTAN ■ *Secretario general* MANUEL ORDORICA ■ *Coordinador general académico* JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME ■ *Secretario académico* ALBERTO PALMA ■ *Secretario administrativo* ÁLVARO BAILLET ■ *Director de publicaciones* FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ *Coordinadora de producción* GABRIELA SAID ■ *Editor* JUAN PUIG ■ *Coordinador de diseño* PABLO ANDRÉS REYNA LEÓN ■ *Coordinadora de promoción y ventas* NINEL SALCEDO ROMERO

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 166, NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 2013

Impresión: Reproducciones y Materiales, S.A. de C.V.

*Formación y diseño de portada:* EZEQUIEL DE LA ROSA MOSCO

ISSN 0186-3924


Certificado de licitud. núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04 1999-112513491900-102.



Jaime Torres Bodet (*El Nacional-INEHRM*).

**E**l libro mexicano de texto gratuito (los libros de todas las asignaturas de la educación primaria) se repartió por primera vez en 1960. A iniciativa de Jaime Torres Bodet, secretario de Educación Pública, y con el apoyo del presidente Adolfo López Mateos, se encargó Martín Luis Guzmán de llevar a cabo el ambicioso proyecto, junto con un equipo de profesores normalistas, ilustradores, impresores. Todo apuntaba a la mejor calidad de la educación y a la igualdad de las oportunidades educativas. Ese designio enfrentó oposiciones de peso y contó también con adhesiones notables.

Rebeca Barriga Villanueva ha coordinado y colaboró en un volumen amplio, también ambicioso, sobre el tema (32 especialistas, 720 páginas), *Entre paradojas: a 50 años de los libros de texto gratuitos*, edición de El Colegio de México, la SEP y la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos. Un instrumento útil para conocer la historia de estos libros, evaluar su desempeño y planear para éstos un futuro promisorio, que es como decir para abrir ese futuro a los niños de México.

Desde 1960 se han elaborado y repartido, por muchos millones de ejemplares, sucesivas series de libros según la política educativa y social del régimen en turno. No siempre han acertado en todo, incluso algunos han llegado a contener errores, pero otros parecieron excelentes y siguen dando esa impresión. En los tiempos que corren se considera la posibilidad de hacer cambios importantes: que no sean únicos, que tengan variedad –multiplicidad– en una misma asignatura para que los maestros seleccionen entre ellos y que se adecuen más a la región en que se utilizarán. Pero se mantiene su gratuidad, su obligatoriedad y su carácter de vehículo principal, incomparablemente benéfico, de la educación mexicana en la escuela primaria. 

# *De los siempre controvertidos e imprescindibles libros de texto gratuitos*

*Para Ana Elisa Godoy, quien supo vivir  
en plenitud su vocación de maestra.*

## Caleidoscopio

Únicos, gratuitos, obligatorios, laicos. Provocadora cuarteta de adjetivos que califican a los libros de texto gratuitos; su significado toca las fibras más sensibles de complejos e intrincados ámbitos del poder, del creer y del saber mexicanos. Entrar en este significado es como mirar en el interior de un caleidoscopio: cada vuelta en el cilindro es un juego de imágenes que se van multiplicando y complicando. Indiscutiblemente, los libros de texto gratuitos son eje rector ineludible dentro de las prioridades sociales y educativas de nuestro país. Más allá de todo argumento, su profundo sentido emerge de los estrechos vínculos con la escolarización de millones de niños mexicanos, algunos de los cuales viven en situaciones de marginación y pobreza insoslayables, cuyo único acceso seguro al conocimiento son estos polémicos libros. Cuando al fin se convertían en una realidad tangible, las cifras eran apabullantes:

Eran 3,098,016 los niños que no recibían educación primaria en 1959. De ellos, 838,630 se habían dado

de baja. Quedaban, como jamás inscritos, 2,259,386: 1,061,027, por hablar otra lengua o por carecer de escuelas y profesores; 591,325, por dificultades económicas; 199,361, por falta de estímulo familiar; 113,843, por enfermedad; 266,083, por haber cumplido recientemente seis años, y 27,747, por otras razones, no especificadas en los “muestreos”<sup>2</sup>.

Pese a las cuatro grandes reformas educativas de 1959, 1972, 1993 y 2006 –amenazantes todas para los muchos intereses ocultos que se mueven en torno a la educación, y una más, aún por cristalizarse en 2014, en su extenuante trayectoria de tensiones políticas, económicas, ideológicas y sociales–, los libros de texto gratuitos han remontado el histórico maleficio de la obligada innovación sexenal, permaneciendo –ora vitales, ora endebles–, como un proyecto inamovible de Estado. Así es, tras el anuncio de cada una de estas reformas, no se ha hecho esperar una sintomática reacción con diversos trasfondos subyacentes: por los héroes olvidados en los libros de historia, maquillada o real, o por la formación de una indefinida identidad nacional, o por la escandalosa educación sexual en los libros de ciencias naturales, o por los malos contenidos del español. Pero también por otras razones enmascaradas: la pugna por una participación de la industria editorial privada en el proceso, la ideología

---

<sup>1</sup> Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, El Colegio de México.

---

<sup>2</sup> Jaime Torres Bodet, 1981, p. 379.



comunista o de ultraderecha, en fin... por un largo etcétera lleno de peligrosos intersticios:

No obstante los innegables beneficios de los libros de texto gratuitos desde su instauración, éstos han sufrido una serie de infundados y periódicos ataques que pueden resumirse fácilmente de la manera siguiente: 1) los libros son antijurídicos; 2) son antidemocráticos, con tendencias comunistas; 3) son antipedagógicos pues estancan el progreso de la enseñanza. 4) Por último los libros contienen instrucción sexual inadecuada e inmoral.<sup>3</sup>

Sólo con revisar la prensa coetánea a cada nueva generación de libros podemos entender la magnitud de la reacción.<sup>4</sup> Bástenos con detenernos en una de las noticias más recientes, amparada y justificada en los “errores”:

El secretario de Educación Pública, Emilio Chuayffet, reconoció que en todos los Libros de Texto Gratuitos

<sup>3</sup> Enrique González Pedrero, 1982 p. 4.

<sup>4</sup> Para profundizar sobre el tema, recomiendo las lecturas de Enrique González Pedrero (1982), Soledad Loaeza (1988) y Valentina Torres Septién (1997).

se detectaron carencias científicas y pedagógicas, que han generado un “daño irreparable” a millones de alumnos de preescolar y primaria en el país, por lo que se anunció la entrega de nuevos materiales a partir del siguiente curso escolar.

Al presentar los nuevos materiales didácticos que se distribuirán a partir del ciclo 2014-2015, con el que aseguró arranca una segunda fase de la reforma educativa, explicó que luego de una evaluación de los textos que se distribuyen a más de 14 millones de alumnos, se detectaron un “sinnúmero de errores”.<sup>5</sup>

Sorprendentemente, sin haber sido evaluada la Reforma Integral de la Educación Secundaria (RIES) de 2006, cimentada en las prácticas sociales del lenguaje, que tantas querellas provocó, ya se anuncia una nueva reforma, a todas luces entrampada con problemas sindicales, cuyos objetivos no se han explicitado del todo.

Lo asombroso es que, pese a las grandes discordancias suscitadas, los libros de texto gratuitos son los representantes genuinos de la educación mexicana, siempre a la vanguardia de los problemas educativos

<sup>5</sup> *La Jornada*, 10 de enero de 2014.

más sobresalientes del momento histórico: formación de ciudadanos, nacionalismo a ultranza, motivación de un pensamiento crítico y analítico, fomento a la lectura, planeación y evaluación, educación indígena, capacitación del magisterio, inclusión de los avances de la tecnología. Cada uno en su campo, ha incorporado en su tiempo los caminos que siguen las ciencias sociales y las naturales, tanto en sus teorías como en sus métodos. En efecto, los libros de texto gratuitos han sido paradigmáticos, hilo conductor de una larga narrativa cuyo primeros episodios se remontan a los albores de la Colonia, pasando por otros episodios climáticos como los del México independiente y el postrevolucionario, acosados por la pertinaz obsesión de ser un país “cultivado”, hasta llegar a 1960, con Jaime Torres Bodet como secretario de Educación Pública, quien, bajo los ideales de José Vasconcelos y a la vera del presidente Adolfo López Mateos, consolida el acariciado sueño decimonónico de hacer accesible a los niños mexicanos la educación y la cultura; qué mejor punto de partida que los libros de texto gratuitos como una salvífica promesa de liberación esperanzadora por el conocimiento. Se crea entonces la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos (Conaliteg) presidida por Martín Luis Guzmán, cuyas palabras de inauguración evocan de nueva cuenta a la anhelada libertad que obsedía a Torres Bodet:<sup>6</sup> “En un país amante de las libertades, como lo es México, el repartir uniforme e igualitariamente los medios y el hábito de leer, es algo que nace de la libertad misma.”<sup>7</sup>

### De festividades, aniversarios y otras solemnidades

El 2010 fue un año de aniversarios emblemáticos en México: el bicentenario de la Independencia y el centenario de la Revolución, y dentro del transcurrir de sus años y de sus sucesos sobresalientes, el de los cincuenta años de fundación de la Conaliteg y su primer

<sup>6</sup> Remito a la elocuente cita de Jaime Torres Bodet: “Pronto dejaría de ser secretario de Educación Pública. Pero ya no habría en nuestro país, en lo sucesivo, niño que careciese (si asistía a un plantel primario) del material de lectura que todo estudio requiere. Recordé un retrato conmovedor, el de una niña que sostenía, entre sus frágiles dedos, un libro de primer grado. Sus ojos vivaces y sonrientes parecían prometer, a quienes los veían, la realización de una hermosa esperanza libre.” (1981, 3f90...)

<sup>7</sup>Ana Cristina Ávila y Virgilio Muñoz, 1999, p. 108.



Adolfo López Mateos (1963).

reparto, que implícitamente eran parte sustantiva del ideario de estos dos movimientos: nación, tierra, libertad y, con éste, la panacea, educación. ¿Cómo celebrar esta gran festividad con congruencia? Se teje una interesante alianza con reminiscencias en el pasado. El Colegio de México y la Conaliteg se unen en convenio para celebrar y continuar con la tradición de su compromiso con la educación básica y festejar el aniversario con un coloquio en el que el corazón de la discusión latiera, precisamente, en torno de los libros de texto gratuitos y su sinfín de vetas. Con ese espíritu en mente, se invitaría a especialistas en ciencias sociales y en humanidades, que presentaran los resultados de trabajos de investigación acerca de estos libros. Siendo de esencia polifacética, cuáles podrían ser los temas idóneos de discusión; se pergeñaron varios: la génesis de los libros de texto gratuitos, el sueño vasconcelista, el pensamiento educativo de Jaime Torres Bodet, el papel de los libros de texto gratuitos en la política educativa y lingüística mexicana, la forma y función de la Conaliteg, las grandes reformas educativas, la lectura y la escritura, la presencia avasalladora de la tecnología, la lucha de las editoriales privadas, el Estado y su liderazgo en la educación mexicana. El Programa



quedó integrado por 36 ponentes, una rica muestra intencionada, formada por maestros normalistas –imprescindibles–, y por especialistas en varias áreas de las ciencias: educadores, historiadores, matemáticos, psicólogos, lingüistas, de diversas instituciones universitarias y escuelas de educación primaria y secundaria: El Colegio de México, El Colegio de Sinaloa, la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Autónoma de Nuevo León, la Universidad Autónoma de Baja California, el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, el Instituto Tecnológico Autónomo de México, la Universidad Iberoamericana, la Cámara de la Industria Editorial Mexicana, el Centro de Investigación y de Estudios Avanzados, la Universidad Pedagógica Nacional, la Escuela primaria Melchor Ocampo, el Colegio Madrid, el Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación, el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación. Se lograba así un espectro de posturas e ideologías que permitieran abordar, desde ópticas diferentes, las entrañas de los libros de texto gratuitos. Dado su carácter polifacético y las muchas perspectivas sobre las cuales mirarlos, integrar el programa no fue tarea fácil, el camino más sencillo parecía el de los ejes temáticos:

el político, el histórico, el lingüístico, pero la estructura resultaba tibia; la riqueza de estos libros merecía otro tipo de dinamismo. Fue entonces cuando surgió la idea de darle al programa un giro, una suerte de juego de piezas en el que hubiera una combinación entre temas, espacios y tiempos, una mezcla atractiva entre experiencias personales con los libros de texto gratuitos, análisis políticos sobre su impacto social y cultural, análisis históricos que mostraran su trayectoria a lo largo del tiempo; y reflexiones académicas, en torno a los diversos contenidos: historia, ciencias, matemáticas, español, civismo y los ya obligados resultados de la evaluación y de las tecnologías de la información y la comunicación. El entramado se fue tejiendo con varios hilos de pensamiento; el programa final, que si bien nunca tuvo la pretensión de exhaustividad, sí delineaba, al menos, el perfil de los libros de texto gratuitos. Finalmente se llevó a cabo el coloquio “A 50 años de los libros de texto gratuitos”, en noviembre de 2009, bajo la mirada de la hermosa *La Patria* de González Camarena, que simbólicamente presidía la sala Alfonso Reyes de El Colegio de México, gracias a la generosidad de la Conaliteg que la ponía en custodia para darle realce y dignidad al coloquio. El éxito fue rotundo, refle-



jo, sin duda, de la pasión que despiertan los libros de texto. Ponentes y público interactuaban serena o beligerantemente en diálogos interminables y soluciones tan utópicas como realistas. Polifonía de voces en búsqueda de salidas, pues las soluciones hasta ahora ofrecidas lucían endeble. ¿Cómo despertar conciencia en su importancia? ¿Cómo preservar los libros garantizando una calidad cada vez más escurridiza? ¿Cómo motivar la investigación básica y aplicada? ¿Cómo saber deslindar lo político de lo meramente educativo? ¿Cómo superar la paradójica desigualdad ante la promesa de la igualdad? Muchos *cómos* interrogativos, escasas respuestas... Habría que seguir arando en la complejidad.

**El fin último. Entre paradojas: a 50 años de los libros de texto gratuitos**

El natural colofón del coloquio no podía ser más que la elaboración de un libro que recogiera y profundizara en sus resultados, ahora con trabajos de corte científico. Un libro que se uniera a los esfuerzos de sus exiguos antecesores,<sup>8</sup> y que abriera desconocidos veneros de investigación en tantas fuentes como las que proyectan los libros de texto gratuitos. Empezó de nuevo la siega en la riqueza de la información y la búsqueda de congruencia en un texto necesariamente versátil. El hilo conductor era claro: los libros de texto gratuitos y su organización representaban el punto de partida en las variadas temáticas tratadas. El tiempo estudiado se cercaría entre el pasado remoto, con los “mamotretos” y cartillas, y el inusitado presente, con la tan innovadora como fallida *enciclopedia* y la telesecundaria; el espacio físico lo marcaba la investigación misma: la escuela, el convento, las campañas, el campo, las comunidades indígenas, la Iglesia, el Estado.

Precisamente, por su versatilidad y por el amplio espectro de temáticas y perspectivas tratadas, había que darle al libro una organización especial que lograra, a un tiempo, autonomía y cohesión interna.

<sup>8</sup>Resulta sorprendente la escasez de los libros dedicados al estudio de los libros de texto gratuitos; sorprendente, si tomamos en cuenta no sólo el mar de posibilidades que abren a la investigación académica, sino la acuciante necesidad de encontrar salidas al problema educativo mexicano. Entre los más conocidos por su seriedad y solidez están los de Enrique González Pedrero (1982) y de Lorenza Villa Lever (2009).



La estructura idónea resultó ser la de un octaedro, formado de caras independientes y asimétricas, pero cuyas aristas se interceptan en ángulos medulares. Cada una de estas caras llevaría su propio objetivo que las hermanara en la búsqueda de argumentos sobre la raíz del éxito de los libros de texto gratuitos o de su fracaso aparente o real, su inextricable necesidad en la sociedad mexicana, y que rescatara la esencia paradójica de su naturaleza. De ahí su título: *Entre paradojas: a 50 años de los libros de texto gratuitos*.<sup>9</sup>

Quedó al fin conformado el octaedro con sus polémicas caras. La primera, “De los antecedentes lejanos y próximos”, donde Pilar Gonzalbo, Dorothy Tanck de Estrada, Javier Garcadiago y Engracia Loyo bordan alrededor de acontecimientos históricos y sociales que sirvieron de telón de fondo para el surgimiento de los libros. “Jaime Torres Bodet, el artífice”, a cargo de Aurora Loyo Brambila y Alfonso Rangel Guerra, ofrece el perfil del creador de estos libros y su profundo humanismo intelectual. En “Los libros de texto gratuitos y la política educativa” —otro capítulo, otra cara del poliedro—, Lorenza Villa Lever, Valentina Torres Septién, Soledad Loeza y Emilio

<sup>9</sup>Rebeca Barriga Villanueva (2011).



Zebadúa penetran los intrínquilis del poder y de la política con que se arropa a los libros de texto gratuitos. En “México, ¿país plurilingüe?”, Cecilia Greaves, Silvia Schmelkes y Francisco Palemón Arcos abordan el álgido tema de los libros de texto gratuitos en lenguas indígenas, impostergable deuda con los pueblos originarios de México.

La quinta cara del octaedro, “Cuatro formas de construir el conocimiento”, se concentra en la enseñanza y el aprendizaje de las materias –asignaturas– básicas para el conocimiento infantil. Celia Díaz Argüero, Alma Carrasco, Rebeca Barriga Villanueva y Raúl Ávila analizan los libros de español, siempre en la búsqueda del método para hacer de la lengua un verdadero instrumento de comunicación. Luz Elena Galván, María Guadalupe Mendoza y Josefina Mac Gregor se centran en la historia, sus imágenes, sus polémicos contenidos y sus programas nuevos. Cecilia Fierro Evans se enfoca en la no menos controvertida formación cívica y ética, que se evade y elude en los textos, y Lucía Martínez Moctezuma y Susana Quintanilla circundan dos aspectos de las ciencias naturales –los modelos culturales de la conservación de la naturaleza– y las invaluable y honestas opiniones de los niños sobre sus libros.

Eduardo Backhoff, Ángel Contreras Niño, Andrés Sánchez Moguel y Emilio Blanco, en “Los azares de la evaluación”, ponen el dedo en la llaga de la realidad en nuestros medios educativos, y ofrecen en blanco y negro los resultados de una educación desigual, por más obligatoria y gratuita que se pretenda. En “Los retos de la tecnología”, siempre en nuestro multifacético octaedro, Judith Kalman, Teresa Rojano y Enna Carbajal analizan el verdadero potencial que la tecnología representa en los libros mismos y en el entorno en que se usan. Finalmente, en “El futuro de los libros de texto gratuitos: entre la tecnología y las editoriales privadas”, última cara del poliedro, Juan Arzo Arvide y Limón Macías vuelven sobre caminos muy andados, pero no resueltos, acerca del futuro que se augura a los libros de texto y del papel que tendrán las editoriales privadas en este porvenir.

Ocho caras, ocho temáticas, ¿cuántos vacíos aún por llenar?

### **Las sucesivas presentaciones de *Entre paradojas: a 50 años de los libros de texto gratuitos***

Desde su primera aparición en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en diciembre de

2011, *Entre paradojas: a 50 años de los libros de texto gratuitos* ha recorrido una interesante ruta de presentaciones, en escenarios muy diversos –El Colegio de México; la Feria del Libro de la Universidad Iberoamericana, León, Guanajuato; la Centenaria y Benemérita Escuela Normal para Profesores, Toluca, Estado de México; el Instituto Tecnológico Autónomo de México, y la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Los públicos han sido variados y heterogéneos –académicos, estudiantes, maestros, padres de familia–; los presentadores, Susana Quintanilla, Esmeralda Matute, Miguel Agustín Limón, Elisa Bonilla, Javier Garciadiego, Francisco Ciscomani, Cecilia Fierro, Alma Carrasco, Felipe Martínez Rizo, Alberto Arnaut, Laura Athié, Manuel Orozco, Joaquín Díez-Canedo, todos con generosa voz crítica y analítica, todos destacando el valor del libro con sus bondades y sus carencias.

Ofrecemos aquí, en este número del *Boletín Editorial* de El Colegio de México, fragmentos de la última presentación que se realizó en diciembre de 2013, en el contexto del XII Seminario Internacional de Lectura y Escritura y el IV foro de Literacidad, en el espléndido paraninfo de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

## Epílogo

“No hay nada nuevo bajo el sol”, reza el Eclesiastés en la Biblia, aunque, paradójicamente, todo parezca nuevo bajo el sol. Las polémicas seguirán, las tensiones oscilarán entre la conciliación y la ruptura; las reformas no cesarán... pero los libros de texto gratuitos seguirán siendo un hito trascendental en la historia educativa mexicana, con los rasgos distintivos de su época: *únicos*, quizá ya no más; *gratuitos* algunos, necesariamente en un país de visibles contrastes insalvables; *obligatorios* por congruencia con el conocimiento, y laicos, condición *sine qua non*.

## Bibliografía

-Ávila, Ana Cristina, y Virgilio Muñoz, *Creación de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos. La perspectiva escolar, 1958-1964*, México, Noriega Editores, 1999.

-Barriga Villanueva, Rebeca (ed.), *Entre paradojas: a 50 años de los libros de texto gratuitos*, México, El



Colegio de México, Secretaría de Educación Pública, Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos, 2011. Índices temáticos de Mariana Rodríguez de las Heras.

-González Pedrero, Enrique, *Los libros de texto gratuitos*, México, Secretaría de Educación Pública, 1982.

-Loeza, Soledad, *Clases medias y política en México: la querrela escolar, 1959-1963*, México, El Colegio de México, 1988.

-Torres Bodet, Jaime, “La tierra prometida” en *Memorias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

-Torres Septién, Valentina, *La educación privada en México, 1903-1976*, México, El Colegio de México, Universidad Iberoamericana, 1997.

-Villa Lever, Lorenza, *Cincuenta años de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos: cambios y permanencias en la educación mexicana*, México, Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos, 2009.



Alfonso Reyes y Jaime Torres Bodet.

# Una de las más importantes conquistas sociales del siglo XX

Rebeca Barriga Villanueva (ed.), *Entre paradojas: a 50 años de los libros de texto gratuitos*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, Secretaría de Educación Pública, Comisión Nacional de Libros de Texto gratuitos, 2011, 720 pp.

Muy buenas tardes a todos, me alegra mucho estar aquí hoy.<sup>2</sup> En primer lugar quiero agradecer a mi buena amiga la Dra. Rebeca Barriga por la distinción de invitarme a comentar este estupendo libro, compilado por ella e intitolado: *Entre paradojas: a 50 años de los libros de texto gratuitos*. Gracias, Rebeca, y muchas felicidades a ti y a los autores por esta obra, que marca un hito en el conocimiento de estos paradigmáticos manuales escolares. Un saludo muy afectuoso también para mis compañeros de mesa, Laura Athié y Joaquín Díez-Canedo. Es un honor compartir esta tarde con ustedes y con el público que nos acompaña en esta presentación.

Como saben, este volumen ha sido coeditado por El Colegio de México, por la Secretaría de Edu-

cación Pública (SEP) y por la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos (Conaliteg). Agradezco a las tres instituciones que hayan apoyado las muy necesarias tareas de estudiar los libros de texto gratuitos y de contribuir a la documentación de lo que han significado para la educación de México.

Antes de entrar en materia, me parece oportuno hacer un par de comentarios. El primero es que mi mirada –al leer las más de 700 páginas que componen esta obra– no es la de una investigadora ni tampoco es una mirada desinteresada... Como responsable que fui, durante 14 años, del contenido y la edición de los libros de texto gratuitos, no puedo, aunque quisiera, ser neutral. He sido parcial a los libros de texto gratuitos desde antes de ser funcionaria de la SEP y, por tanto, lo que les diré a continuación más que una aportación académica es el resultado de una lectura tamizada por mi experiencia directa con estos libros y con su contexto, entre 1993 y 2007.

Otra aclaración necesaria es que, en virtud del tiempo que tengo para hablar aquí, no me será posible ahondar en la totalidad de capítulos que conforman el libro. Treinta y dos para ser exacta. De antemano una disculpa a los autores. No es muestra de desinterés de mi parte por su trabajo, sino real imposibilidad de entrar en todos los rincones que me habría gustado destacar.

*Entre paradojas...* es una compilación extensa, muy amplia y sugerente. Se acerca a la cuestión de los libros de texto gratuitos desde múltiples disci-

<sup>1</sup>Directora de Contenidos y Servicios EDICIONES SM, directora de la Fundación SM.

<sup>2</sup> Presentación en el XII Congreso Latinoamericano para el desarrollo de la Lectura y la Escritura, 13-IX-2013, Salón Paraninfo, Edificio Carolino, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.



Torres Bodet (*El Nacional*).

plinas y ángulos. Rebeca Barriga compara la obra con un octaedro, y es verdad que, desde cada una de las ocho caras o apartados que ella definió, es posible hacer una contribución a la comprensión del fenómeno. Estas caras son:

- Los antecedentes lejanos y próximos
- Jaime Torres Bodet, el artífice
- Los libros de texto gratuitos y la política educativa
- México: ¿país plurilingüe?
- Cuatro formas de construir el conocimiento: español, historia, formación cívica y ética, y ciencias naturales
- Los azares de la evaluación
- Los retos de la tecnología
- El futuro de los libros de texto gratuitos: entre la tecnología y las editoriales privadas

Entre estas ocho “fronteras” se deslindan los límites del edificio que los 32 autores de este libro van construyendo gradualmente. Pero, el resultado final de la obra no es, a mi modo de ver, un poliedro regular, de ocho caras iguales y perfectas. Y me alegro de que no lo sea, porque de haberlo sido

falsearía el fenómeno que pretende describir. Más que un octaedro, otra analogía posible, para mí sería la de una entidad de capas superpuestas. Más que un cuerpo geométrico, a mí me evoca el subsuelo, donde una capa se imbrica en otra... donde las cosas no se ven a simple vista y, al hacer calas, se descubren estratos y materiales de orígenes diversos. Porque si bien los libros de texto gratuitos son el meollo de *Entre paradojas...*, no todos los autores se enfocan directamente en ellos. En este libro se dirimen muchas otras materias y cuestiones necesarias para entender el fenómeno que nos ocupa. Algunos capítulos profundizan mucho, porque el tema que abordan ha sido largamente investigado. Otros textos tienen la virtud de empezar a esbozar asuntos que requieren ser atendidos, en mayor detalle, en investigaciones futuras.

En aras del tiempo y de la multiplicidad de asociaciones que se puede hacer entre diversos capítulos, no recorreré la obra linealmente, apartado por apartado. Me enfocaré en un conjunto acotado de temas, con el fin de tratar de entrelazar varias de las ideas que nos ofrece *Entre paradojas...* Trataré de destacar cuestiones que, desde mi perspectiva y mi experiencia, son importantes o sobre las que en definitiva creo que tengo algo que decir. Acoto que no sólo me interesa entender el fenómeno pasado y presente de estos libros, sino sobre todo estoy empeñada en vislumbrar su futuro. Un futuro que de preferencia abone a la calidad educativa del país. Más ahora que estamos en medio de una reforma educativa que busca transformar con seriedad problemas estructurales.

### Centralidad de los libros de texto gratuitos en las reformas educativas

“El libro de texto gratuito (LTG) constituye –como dice Aurora Loyo– uno de los artefactos culturales más notables del siglo XX mexicano. Se encuentra a tal punto asociado con la representación que tenemos hoy de la educación pública, que...” (p. 121) –como lo muestra esta obra– lo relacionamos con muchos otros aspectos que inciden sobre la educación de nuestro país, en particular sobre la educación básica.

Nadie duda de la importancia de los libros de texto para la educación nacional. Hay una coinci-

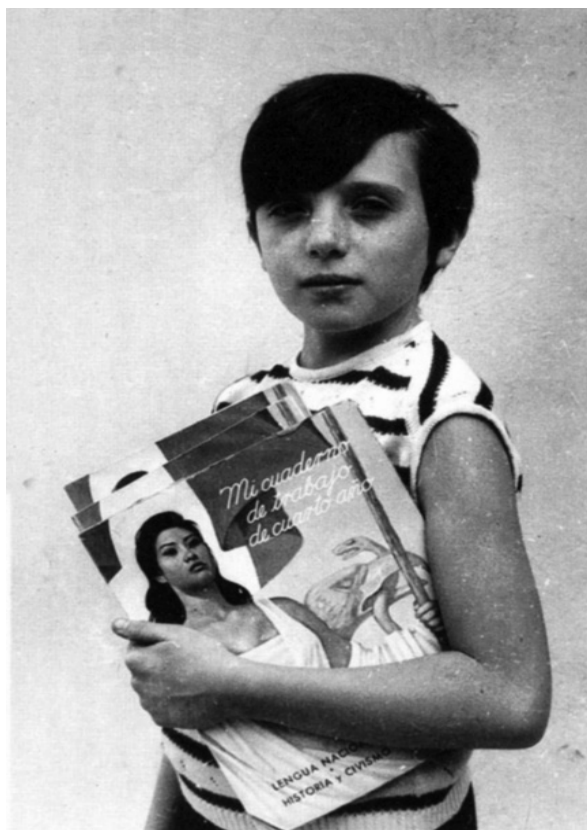
dencia muy generalizada entre los autores de *Entre paradojas...* sobre su centralidad para el hecho educativo.

La cita de Aurora Loyo, que acabo de leer, es una muestra de ello, pero no es la única. Rebeca Barriga señala, por ejemplo, que “Los LTG han sido paradigmáticos en la historia educativa mexicana” (p. 12); por su parte, Lorenza Villa Lever los considera una “... de las acciones más relevantes del Estado mexicano en materia educativa en los últimos cincuenta años” (p. 174).

Lorenza misma nos explica cómo los libros de texto gratuitos han sido el eje de las reformas educativas de los últimos cincuenta años y, en su capítulo, describe, con mucha puntualidad y rica información, cómo las autoridades educativas, a lo largo de diversas administraciones federales, han considerado estos manuales como los vehículos idóneos para comunicar a los profesores las novedades que cada reforma ha intentado introducir en el sistema educativo nacional.

Lorenza caracteriza a las reformas educativas como “una expresión privilegiada de los proyectos políticos y uno de sus instrumentos más importantes... Una reforma –dice ella– es un ejercicio técnico, pero también es un proceso político” (p. 159). “Son tentativas orientadas a cambiar la configuración de la educación pública que alteran en grados diversos al sistema educativo” (p. 163).

Claramente, cuando la reforma es de carácter curricular, los libros de texto gratuitos tienen una centralidad mayor que en otro tipo de reformas. Sin embargo, considero que, si bien pueden ser una condición necesaria de las reformas curriculares, nunca serán una condición suficiente; pues los libros no pueden, por sí mismos, modificar condiciones estructurales. Ni siquiera pueden transformar de fondo estilos de enseñanza, como a menudo se piensa. Llama por tanto la atención que problemas sistémicos, como los de los subsistemas de educación indígena o de telesecundaria, que requieren de transformaciones estructurales mayores, también hayan sido abordados en el pasado por la autoridad con reformas curriculares, cuyo eje ha sido los materiales educativos y en particular los libros de texto gratuitos. Esta afirmación no menosprecia, en modo alguno, avances e iniciativas importantes, como por ejemplo la decisión (que relata Sylvia



Schmelkes, p. 265) de introducir en 2006 las lenguas indígenas en el plan de estudios de secundaria, para hablantes y no hablantes, en poblaciones con treinta por ciento o más población indígena. Una medida que significa un importante avance para el reconocimiento de la interculturalidad. Pero, a pesar de avances como ese, la propia Sylvia destaca que este subsistema tiene todavía condiciones estructurales que lo convierten en un “servicio educativo de segunda” (p. 256).

Sería interesante indagar más a fondo en las tesis de las reformas educativas para comprender el valor transformacional que dan a los libros de texto gratuitos. Una hipótesis que me atrevo a lanzar es que las razones para emplear esos libros, como eje de una reforma, no son tanto filosóficas como prácticas y políticas. Residen por ejemplo en el control que tiene la autoridad sobre la elaboración de los materiales educativos, a pesar de las muchas vicisitudes e incluso conflictos que se enfrentan en el proceso de su desarrollo (y que han sido muy bien capturados, en la obra que hoy nos ocupa, por Raúl Ávila, Valentina Torres Septién y Soledad Loaeza).

Dicho control no lo tiene la autoridad sobre otros aspectos fundamentales para lograr los objetivos de una reforma, como son el desarrollo profesional de los profesores o las relaciones entre la mesoestructura del sistema y las escuelas.

### **La centralidad de los libros de texto gratuitos en las solicitudes de terceros**

No sólo las autoridades educativas consideran los libros de texto gratuitos como vehículos privilegiados para transformar la educación nacional. Muchos otros actores sociales también los consideran un acicate idóneo para sus fines.

Uno de los asuntos que más requería mi atención en la Dirección General de Materiales Educativos de la SEP era las frecuentes peticiones para incorporar contenidos específicos en los libros de texto gratuitos. Estas solicitudes muchas veces las enviaban particulares (organizados o no), pero en mucho mayor número provenían de instancias públicas. Unos y otros consideraban que, si lograban añadir a los textos de primaria algunas páginas con la temática de su interés, habrían resuelto en buena medida el problema que su organización tenía entre manos: el ahorro bancario, el embarazo adolescente, el tráfico de especies animales, la tala inmoderada, los derechos humanos y tantos otros... El supuesto era que no sólo lo resolverían en el presente, sino en el futuro también, porque niños y niñas habrían aprendido la lección que cada organización buscaba comunicarles, y ese saber trascendería generaciones.

Así, en esa época, se analizaron en la Dirección General de Materiales Educativos (DGME) decenas de solicitudes. La Secretaría de Salud y la Semarnat, por ejemplo, generaron diversas peticiones. Algunas mucho más atendibles que otras. También recuerdo que la Comisión Nacional de Ahorro de Energía contribuyó, de manera importante y a pedido de la propia Comisión, a incorporar en los libros matices, sugerencias prácticas y conceptos que sin duda los mejoraron.

Sobra decir que, si todas las solicitudes se hubieran atendido, los libros se habrían convertido en unos bordados informes, repletos de datos irrelevantes para la edad a la que van dirigidos los textos. En ese sentido, parte de mi tarea consistió en atajar y reorientar estas intenciones. Pero si traigo ahora el asunto a colación,



José Vasconcelos.

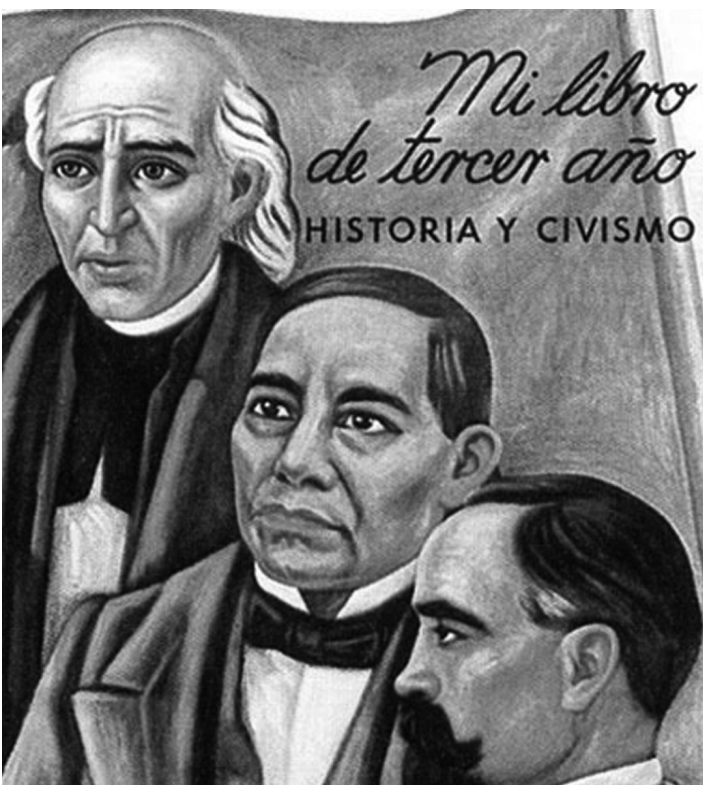
no es por compartirles la anécdota; lo que me interesa resaltar es la centralidad que tienen los libros de texto gratuitos en el imaginario mexicano. En mi opinión, ocupan un lugar muy especial (y también muy discutible). Se los considera instrumentos para la transformación de la infancia y por tanto de la propia nación. Se les atribuyen magnos poderes, sin caer en cuenta que su uso y aplicación están mediados por el profesor y por una diversidad de circunstancias que constituyen el hecho educativo.

Supongo que en los archivos de la DGME subsisten muchos documentos con información de estas solicitudes. Su sistematización y análisis daría cuenta, entre otras cosas, de la visión que sobre los libros de texto gratuitos tienen un número importante de instituciones relevantes para el país y de sus expectativas para la educación nacional. Lo menciono porque a lo mejor hay alguien interesado en estudiarlo.

### **Evaluación, datos, cifras. Investigaciones sobre las cuales apoyar las decisiones**

El primer libro que edité en la SEP fue el que abrió la colección de “Libros para el maestro de secundaria”, el





relativo a la asignatura de matemáticas. Olac Fuentes me contrató primero como autora para escribirlo, y cuando se lo entregué, me invitó a hacerme cargo de la DGME y me tocó editarlo. Se trataba de un compendio de problemas matemáticos resueltos y explicados a los profesores, que coordinó Jesús Alarcón Bortolussi, ya fallecido y mejor conocido por todos como *Papini*.

El enfoque didáctico para la enseñanza de las matemáticas de la reforma de 1993 se apoyaba en la resolución de problemas. Pero no cualquier problema resulta adecuado como ejemplo en la enseñanza, y entonces lo más lógico para facilitarle la tarea al profesor era brindarle una colección de buenos problemas resueltos y comentados. Desarrollar el libro (en el que además participaron como autores Tere Rojano, Rocío Nava y Ricardo Quintero) y luego editarlo no estuvo exento de apuros, pero la peor parte llegó cuando tuvimos que decidir cuántos ejemplares imprimir. Nadie en la SEP podía decirme cuántos profesores de matemáticas daban clase en las secundarias públicas del país. En 1994 no existían las cifras más elementales para sustentar el trabajo de la Dirección General de Materiales

y Métodos Educativos (como se llamaba entonces). Fue necesario hacer un cálculo, extrapolando a partir del número de planteles y horas curriculares dedicadas a la materia en el plan de estudios. Así, le pedí a la Conaliteg imprimir 50,000 ejemplares de este libro. Fueron insuficientes.

En esos días había pocos datos en los cuales basarse para tomar decisiones. A lo largo de los casi cuatro sexenios que pasé en la SEP vi cómo las investigaciones, las evaluaciones, los datos duros empezaron a aflorar. Yo misma impulsé o participé en algunos estudios con la esperanza de dejar información a los equipos que nos sucedieran en la función, para que pudieran tomar decisiones informadas. Sin embargo, poco se han usado. La investigación y la toma de decisiones en la función pública no parecen llevar trayectorias paralelas, ni tener puntos de intersección suficientes.

Coincidió con las propuestas de Sylvia Schmelkes, Lorenza Villa Lever y otros autores de *Entre paradojas...* que destacan la necesidad de evaluar la efectividad y otros aspectos de los libros de texto gratuitos. Mi matiz en todo caso no está en la tarea en sí, sino en quién debe emprenderla y cómo debe hacerse para que realmente los resultados repercutan en la toma de decisiones de quienes se encargan de formular las políticas públicas.

### Homogeneidad *versus* heterogeneidad

Antes de fundar la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos, la SEP y otras autoridades educativas editaron una variedad de textos que distinguían el contexto social o cultural de los alumnos al que iban dirigidos. En ese sentido, reconocían que la población escolar era heterogénea y que, por tanto, requería materiales específicos. Durante la administración de Portes Gil, como nos cuenta Engracia Loyo, se publicaron materiales para la escuela rural dirigidos a los niños campesinos. También Loyo relata las condiciones en las que se editó en Tabasco el *ABC del niño campesino* y años después *El sembrador*. Durante el periodo de la educación socialista también se editaron textos especiales para las escuelas urbanas y otros distintos para las rurales.

A partir de la creación de la Conaliteg se dio un cambio de paradigma y se adoptó la homogenei-



Fundación de la Conaliteg, 1959.

dad como un principio básico para la edición de materiales y casi para el resto de las políticas educativas. La famosa frase de López Mateos (citada por Torres Septién, p. 181) de “Todos son niños y todos son parte de nuestro pueblo” da muestra de esa visión homogeneizadora que se impulsó a partir de su gobierno.

A mi modo de ver, uno de los rasgos de mayor debilidad que tienen hoy los libros de texto gratuitos es precisamente su falta de atención a la diversidad, y en *Entre paradojas...* hay muchas alusiones a ello. Que sean un piso común a todos no debe equipararse con que todos los niños reciban el mismo libro. La equidad reside en que todos los niños tengan un texto de calidad, no en que ese texto sea el mismo para todos. El extrañamiento que presentan los niños indígenas cuando la lengua de su texto no es exactamente la de su comunidad (como explica Palemón Arcos) también la perciben niños hablantes del español cuando el texto no los interpela.

Por experiencia les digo que no sólo es muy difícil sino en ocasiones artificial concebir un libro de texto con un niño o una niña “promedio” en mente. Al final ese niño y esa niña, que pretenden representar a todos

los demás del país (en particular en México, donde la diversidad es tan abundante), son un recorte que por fuerza deja fuera la buena interlocución con alumnos que no se sienten interpelados por el texto.

Pero el asunto de la heterogeneidad expresada en una diversidad de textos tiene más que ver con los maestros que con los alumnos. Porque un libro que tiene como fin primario comunicar a los profesores los cambios que propone una reforma educativa, busca transformar la práctica docente; pero al ser único, no atiende a la diversidad de estilos de enseñanza. Más bien los omite o incluso los desdeña. Al no haber opciones, el profesor no puede escoger el libro de su preferencia. El Estado decide por él qué debe usar.

Los libros de texto, para ser exitosos, necesitan que se los conciba desde la realidad del aula, y en ese sentido un solo texto no puede servir a todas las realidades, cuando sabemos que son tan heterogéneas. Si buscamos la autonomía escolar, quizás deberíamos comenzar por darles mayor autonomía a los profesores para que decidieran entre un conjunto de opciones, previamente sancionadas por la autoridad.

La unicidad de los libros de texto gratuitos es, a mi modo de ver, una de las características que más nece-

sita ser analizada, y no tanto por las razones ideológicas (que bien describen Loaeza y Torres Septién) y que de ninguna manera desdeño, sino muy especialmente por las propias razones educativas.

### El contenido de los libros y los niños a los que se dirige

*Entre paradojas...* hace una muy buena aportación a cuatro de las áreas disciplinarias que abarcan los libros de texto gratuitos: español, historia, ciencias naturales y formación cívica y ética. Por alguna razón no aborda las matemáticas. Me parece que ésta es una asignatura pendiente de analizarse más a fondo. En general, el español y la historia han sido las materias más estudiadas. También la sexualidad, que cae en el conjunto de temas denominados “polémicos” que han acompañado a los libros de texto gratuitos a lo largo de más de cinco décadas.

Sé bien que Rebeca me pidió para esta presentación ahondar más en el apartado de conocimiento que en otros, pero debo pedirle una disculpa a ella y a los autores, porque al hacer la lectura de la obra caí en la cuenta de que, por mi estrecha responsabilidad en el asunto, es la parte del libro con la que más me cuesta tomar la distancia necesaria para hacer un comentario aquí.

Sólo les confesaré que el libro del que siento más orgullo, por lo que costó hacerlo, pero también por su resultado, es el de *Ciencias naturales y desarrollo humano de sexto grado*, al que se refiere Susana Quintanilla en su capítulo. No es el que tuvo mayor circulación, pero aun así debe de haber pasado por las manos de casi 30 millones de mexicanos. Su contenido incorporó elementos fundamentales para la educación sexual de niñas y niños, que hasta ese momento no había sido posible introducir en los libros de texto gratuitos. Fue una obra con una factura cuidadísima, con varios procesos de revisión que se sumaron a los naturales del cuidado de edición de estas publicaciones. En su elaboración participamos mucha gente de dentro y fuera de la SEP, con la estrecha vigilancia del propio secretario Miguel Limón Rojas, quien además realizó un trabajo de difusión del libro, antes de su publicación, entre múltiples actores sociales y políticos para procurar su aceptación general. Cosa que ocurrió: tuvo poquísimas voces disidentes. Sólo la Unión Nacional

de Padres de Familia y Pro Vida lo criticaron, pero esos reparos se acallaron muy rápidamente por falta de eco en el resto de la sociedad. Las cartas de los niños, a las que se refiere Susana, muestran la muy generalizada aceptación del texto también entre sus lectores. El estudio de Quintanilla marca una línea de investigación muy interesante. Asimismo, Rebeca Barriga muestra en su capítulo otra forma de acercarse a la visión que tienen los principales usuarios de estos libros: los alumnos y los maestros.

### La lectura y la necesidad de que existan otros libros en las escuelas

Nos relata Javier Garcíadiego, en su interesante recuento de la relación de José Vasconcelos con los libros y las bibliotecas, que desde la creación de la SEP se concibió la necesidad de que las escuelas contaran con un manual didáctico para enseñar a leer y escribir. Y se editó el llamado *Libro nacional de lectura y escritura*, del que se imprimieron y distribuyeron cerca de un millón de ejemplares. De este precursor de los libros de texto gratuitos, nos dice Engracia Loyo, se sabe muy poco. Pero más allá de desarrollar un manual didáctico, Vasconcelos, valoraba la necesidad de contar con otros libros. Esta idea lo llevó a desarrollar, en su corta estancia por la Secretaría, un ambicioso programa editorial y la instalación de bibliotecas por todo el país. Es decir que, desde el surgimiento de la SEP, la política educativa ha intentado rodear el libro de texto con otros materiales, porque su sola existencia se supone insuficiente. Además de la publicación de los clásicos en la década de 1920, en el pasado la autoridad educativa ha hecho varios intentos para acercar a los estudiantes libros distintos a los de texto. El más cercano, que aún existe, aunque disminuido en sus alcances presupuestales, es el Programa Nacional de Lectura, que ha promovido bibliotecas escolares y de aula por la vía, como describe Alma Carrasco, de dotar a las escuelas preescolares, primarias y secundarias de libros (literarios e informativos) que “demandan a los profesores a impulsar nuevas prácticas de lectura distintas de las que tradicionalmente se realizan con los LTG” (p. 310).

### El pasado y el futuro

No quiero dejar de mencionar los capítulos iniciales de *Entre paradojas...* Me refiero al texto de la

doctora Pilar Gonzalbo, que comienza por preguntarse ¿sabemos qué eran los libros escolares de hace 300 o 400 años?, y por reflexionar acerca del impacto de la imprenta en la educación. Es un viaje erudito y alucinante, del que aprendí mucho. También la historia que nos ofrece Dorothy Tanck de la india otomí Salvadora Santos y que el jesuita Antonio Paredes transforma en texto para educar a los indios, antes de la Independencia. Reconozco que buena parte de la información contenida en estos capítulos me fue totalmente novedosa. Disfruté mucho su lectura.

Afirma Emilio Zebadúa que “ya pasó mucho tiempo desde que todo el conocimiento provenía de un solo libro”. En este mismo sentido creo que, sin perder su carácter de política estatal (como sugiere Soledad Loaeza), los libros de texto gratuitos para preescolar, primaria y telesecundaria pueden transformarse para dejar de ser únicos, sin perder (como apunta Villa Lever) la gratuidad. Para lograrlo, la SEP (como sugiere Juan Arzoz) puede adoptar para los textos gratuitos de primaria la estrategia que aplica, desde hace más de 15 años, a los libros de texto de secundaria. En dicha estrategia el Estado, a través de la DGME, se encarga de regular el contenido de los libros (el cual debe ser acorde con el programa de estudios oficial) en lugar de elaborarlos directamente. Es decir deja la generación de contenidos y la edición de los libros en manos de los especialistas, esto es de las editoriales privadas y públicas,<sup>3</sup> y al Estado la supervisión de los contenidos mediante un riguroso proceso de evaluación.

Esta transformación traería muchos efectos, fundamentalmente positivos. Sobre todo reconocería la heterogeneidad de contextos, atendería muy especialmente la diversidad de estilos de enseñanza y dejaría de lado la entelequia de que es posible homogenizar a la población a través de la escuela. Apelaría a la necesidad de atender la diversidad. Un valor más propio de los tiempos que corren, que ciertamente estaría fuera de lugar en épocas de Torres Bodet, cuando el objetivo era la homogenización, entendida como una forma de equidad: dar a todos lo mismo para que alcancen la igualdad de oportunidades.

Considero que los libros de texto gratuitos son una de las más importantes conquistas sociales del siglo xx, porque fueron una pieza fundamental para la escolarización de millones de mexicanos. Pero, como ya he

<sup>3</sup>En una época el FCE editó textos para la educación secundaria.



Torres Bodet, ca. 1970 (*El Nacional*).

dicho en otro lugar, y a modo de conclusión, quiero compartirles mi deseo de que este hecho incuestionable no tenga un efecto paradójico, que les genere a los libros una condición paralizante y les impida transformarse. Por el contrario, si buscamos la mejora de la calidad educativa, debemos apelar al sentido revolucionario de su origen (al que se refiere Zebadúa, p. 227) y buscar la transformación de los textos, sin que pierdan algunas de sus mejores características: su gratuidad, el derecho de todos los niños, sin distinción, a recibirlos... Aunque pueda incluso significar la pérdida de su protagonismo, en aras de permitir la entrada a otros materiales y a otros soportes, como el digital.

No sabemos a ciencia cierta cómo evolucionarán. Nadie sabe aún si serán flexbooks con explicaciones didácticas en formato podcast, como nos anuncia Judy Kalman (p. 620), o si compartirán el escenario con las herramientas digitales y los micromundos que nos describe Teresa Rojano en su capítulo, pero el exdirector general de la Conaliteg, Miguel Agustín Limón, afirma (en la p. 693) que la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos tiene como agenda urgente la revolución tecnológica.

En todo caso, y siguiendo la metáfora que Rebeca Barriga (p. 11) plantea en la Introducción de este libro, propongo abrir las puertas herméticas del laberinto en el que los libros de texto gratuitos han estado atrapados por décadas para permitir que salgan y evolucionen. ☞

# *Esta doble mirada sobre mis libros de texto<sup>2</sup>*

Cuando una es invitada a presentar un libro se espera que hable mucho de éste y poco de su experiencia personal. Pero cuando ese libro hace recordar de ocho formas distintas los tiempos en la escuela, los maestros y aquellos textos con los que se comenzó a aprender, cuando ese libro lleva a una a situarse justo en el medio del lector y el que aprende, cuando una revisa cada capítulo desde un doble papel, como el que desempeñé —el de funcionaria y alumna que fui, el de hacedora de libros y mexicana que aprendió leyendo justo éstos, los de texto gratuito—, es inevitable mirar atrás para revisar qué es lo que una debe agradecer o cobrar a aquellos libros que la acompañaron desde el primero hasta el último grado de primaria.

No es común que un libro se vuelva entrañable. Y menos éste, que podría parecer extenso, extremo, demasiado libro para poderse amar. Pero si una se va reconociendo mientras avanza la lectura y descubre, por ejemplo, quiénes hicieron los primeros libros de texto, quiénes pensaron las primeras bibliotecas, cómo se crearon los Talleres Gráficos de la Nación o la Conaliteg, esa lectura se vuelve apasionante, como lo fue en mi caso, que amo los de papel y creo que el libro de texto debe ser, además de útil al aprendizaje, un objeto hermoso para el alumno y no para el maestro.

<sup>1</sup> Directora General Adjunta de Materiales Educativos, SEP.

<sup>2</sup> XII Congreso Latinoamericano para el Desarrollo de la Lectura y la Escritura / IV Foro Iberoamericano de Literacidad y Aprendizaje, Puebla, 13 de septiembre de 2013.

*Entre paradojas: a 50 años de los libros de texto gratuitos*, edición de Rebeca Barriga Villanueva, me ha dejado saber, por fin, las razones por las cuales los de mi generación solemos vivir cuestionando todo, dudando de esto o de aquello, incómodos porque la situación no mejora, tratando de ser solidarios con el otro, entendiendo las causas comunes, diciendo que todo debería ser mejor. Es verdad, yo me reconocí de muchas formas en el libro de Rebeca, me ayudó a verme desde dos frentes, por eso es inevitable que hable también de mi experiencia personal: desde la tarea que hoy tengo el privilegio de realizar, junto con un enorme equipo de trabajo: hacer esos libros de los cuales se habla aquí; pero también me obligó a mirarme como ciudadana y estudiante, como el resultado de un proyecto de país con el que fui educada y me permitió, por fin —pues mis libros eran “anónimos”, no llevaban el nombre de los autores—, saber un poco del origen del por qué yo, y muchos de quienes llevamos esta generación de libros, somos así.

Lo explico, por tanto, desde esa alumna del quinto de primaria que *Entre paradojas...* volvió a despertar: a mí no me tocaron los libros de *La Patria*, aunque los he comprado en las librerías de viejo desde hace tiempo, pues esa imagen siempre me conquistó. Hoy traje uno de los cuatro que tengo; lo encontré en el extinto bazar de antigüedades de la avenida Álvaro Obregón en la colonia Roma, que solía visitar con mi padre desde niña. Éste que traje, *Mi cuaderno de trabajo de cuarto año*, es mi favorito; su título principal

# Español

Sexto grado



está en cursivas, como si alguien lo hubiera escrito de su puño y letra, con una grafía perfecta que yo jamás pude lograr. Su papel es poroso y café, casi del color de la arena de mar, del mismo tono del azúcar mascabado. Debajo de la Patria puede leerse *Aritmética y geometría. Estudio de la naturaleza*, y adentro una puede notar esa tipografía de máquina de escribir, como la que quedaba marcada tras los golpes de tecla en el papel durante los ejercicios de taquimecanografía de la secundaria.

Los espacios entre párrafos —que casi no existen, pues el juego de la tipografía frente a la imagen es tan justo y preciso que cualquier primer lector podría descansar— se convierten en espacios de libertad. Los interiores son a una tinta. Café debajo y negro encima en las 158 páginas, que en conjunto deben pesar unos 200 gramos.

Yo no llevé ese libro, pero me encanta. Me gusta su olor a papel viejo, ese pequeño recuadro pegado sobre la página 65 que dice: “Examen de matemáticas”, el cual jamás fue completado. Esas respuestas a lápiz de un niño que no conozco muestran claramente cómo era su realidad, vigente en muchos lu-

gares del país, a pesar de que este libro fue impreso en 1960, nueve años antes de que yo naciera. Aquí se lee y se mira una

Respiración. Ejercicio 1, pregunta 5. Cuatro sustancias combustibles son: *Leña, carbón y popote*, dice la respuesta.

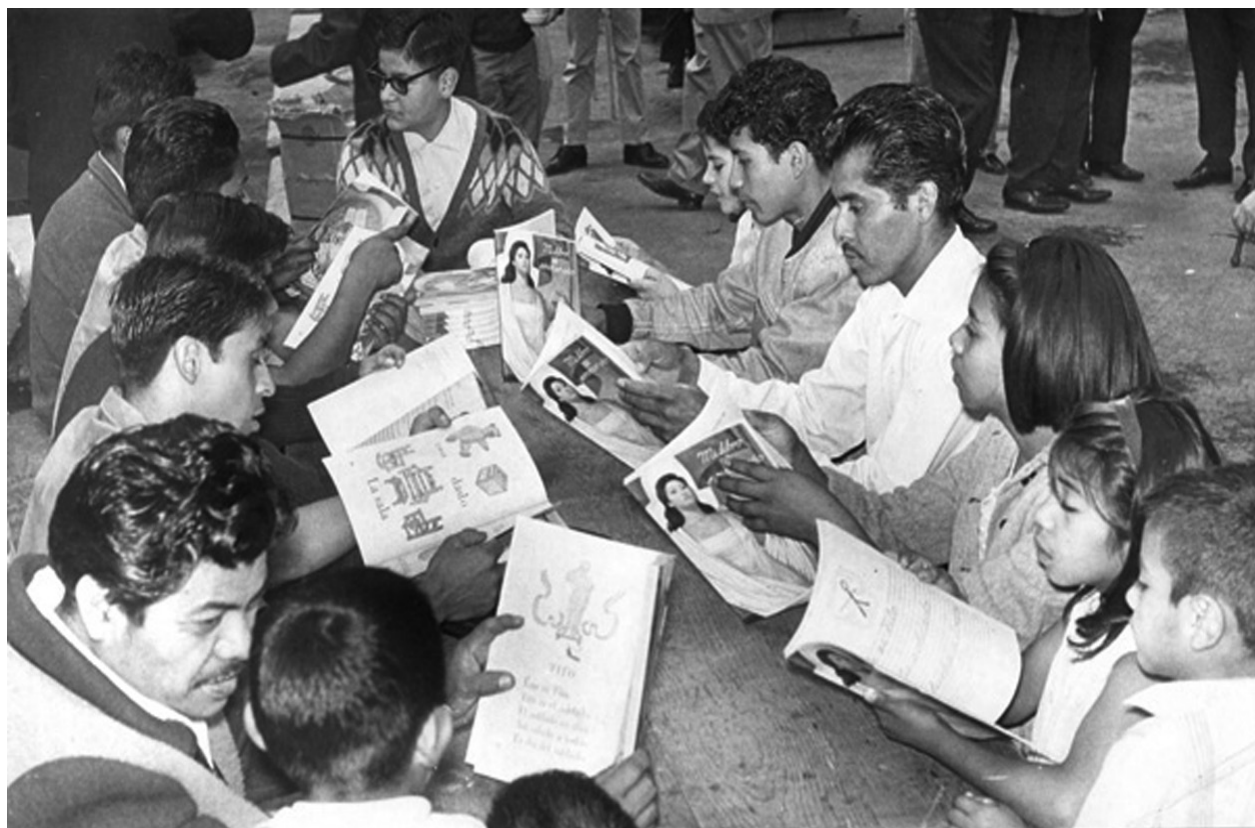
En la página 85 de este libro viene una tabla dividida en semestres y asignaturas que indica: “Haz la gráfica de tus calificaciones y procura esforzarte por mejorarlas cada día.” Algunas de las asignaturas que señala son: Protección de la salud y mejoramiento del vigor físico, Comprensión y mejoramiento de la vida social, Actividades creadoras, Lengua nacional.

En un ejercicio de matemáticas —que habla de César y el recibimiento de una nueva compañera de cuarto que viene de algún pueblo distante— se sostiene una conversación sobre los precios de las frutas: el kilo de mango vale dos pesos; el de plátano, 45 centavos, y el del chicozapote, 25 centavos. La parte gráfica muestra a los niños perfectamente peinados, con pantaloncillos cortos o vestidos de moño, en su mayoría conversando con los brazos cruzados a la espalda.

Pero miren ustedes lo que dice el libro, escrito por la profesora Hermelinda Virgen Sánchez, en la segunda de forros: “Este libro es propiedad de la República Mexicana, para que lo use ... y lo conserve se entrega en forma absolutamente gratuita, pero con la condición de que lo cuide”, y entonces supongo que el niño ponía muy cuidadosamente su nombre y sentía que ese libro —que yo no llevé y que aprecio, como si hubiera estado guardado en mi mochila— era un tesoro.

“Adolfo López Mateos, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos” puede leerse en las páginas 2 y 3 de este libro, donde está el decreto por el cual fue creada el 12 de febrero de 1959 la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos. El Considerando quinto dice así: “Que al recibir gratuitamente los educandos sus textos, y esto no como una gracia, sino por mandato de la Ley, se acentuará en ellos el sentimiento de sus deberes hacia la Patria, de la que algún día serán ciudadanos.”

Al final se leen los doce “Principios de conducta formulados por la Secretaría de Salubridad y Asistencia para que se les inserte en los Libros de Texto



Gratuito” que se inician con: “Mi patria es México. Debo servirla siempre con mi pensamiento, mis palabras y mis actos” e incluyen: “Lucharé contra el vicio, el alcoholismo, la mentira, la deslealtad, el fraude, la violencia y el crimen. Debo ser agradecido con mis padres y mis maestros, reconocer los sacrificios que realizan para mi educación.”

Entre los datos que lleva ese libro en el colofón están: “Cubierta: Jorge González Camarena; Presidente de la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos: Martín Luis Guzmán”. José Gorostiza está entre sus vocales, y Julio Scherer García, entre los representantes de la opinión pública. El libro no tiene nombre, pero no importa, es contundente que su dueño, ese alumno de cuarto grado de primaria anónimo, seguramente tenía muy clara su identidad y obligaciones como ciudadano de aquel México en el que yo todavía no nacía.

En mi labor actual, asumida apenas hace seis meses, me he empeñado en revisar las diferentes generaciones de libros de texto que han existido. Esa revisión ha incluido preguntar a los protagonistas cuáles fueron los retos que enfrentaron y

cómo ven los libros hoy. También me ha permitido saber qué recuerdan quienes estudiaron con esos libros en la escuela. Hace poco escuché que una mujer que limpia la oficina dijo: “Recibir mis libros nuevos era como abrir la caja de los zapatos nuevos, brillantes, lustrosos. Uno quería tocarlos, pero no se atrevía a hacerlo porque eran para cuidarse y respetarse. No los quería ensuciar. Lo que más me gustaba de mi libro era su olor a papel nuevo.”

Al revisar el libro de Rebeca Barriga y sus colegas encuentro el proyecto de país que cada generación de libros representa. Entiendo las diferencias de actuar y pensar de mis padres, tíos y abuelos derivadas de la escuela. Su patria es distinta a la mía, y a la de mi hija. Nuestro concepto de ciudadanía no es común. Entonces pienso también en los libros que me tocará hacer y en los que estamos ahora corrigiendo: ¿a qué proyecto de país responden?, ¿en qué ciudadano estaban pensando quienes los escribieron, quienes los editaron? ¿Qué idea de México se están llevando los millones de alumnos de primaria que hoy estudian con la más reciente generación?



Jamás había reparado en que mis libros de primaria eran integrados, nunca noté que las fotografías de sus páginas retrataban, definitivamente, a las personas de mi país en ese entonces. En apariencia, porque este país que habito lo forman también migrantes e hijos de extranjeros, porque en este país habita, desde que yo era pequeña, gente de todas las razas y colores que ha aprendido a sobrevivir, igual que siguen intentando hacerlo los indígenas. Tal vez porque en mi casa siempre se habló de migración no me hizo falta escuchar ese tema en la escuela. Yo sabía que mi bisabuelo había viajado desde el Medio Oriente para llegar en barco a una tierra cuyo idioma no hablaba ni aprendió a pronunciar bien jamás. Tal vez porque mis padres me contaron del Tlatelolco que ellos vivieron aquella noche —ella escondida en el Edificio Chihuahua y él tratando de entrar a como diera lugar, corriendo desesperado por entre los autos desde su puesto de pollo en el Mercado de La Lagunilla hasta la Plaza de las Tres Culturas, a la que nunca le fue posible llegar— no me hizo falta leer esa historia en mis libros de texto.

Tal vez porque tuve muchas otras formas de acercarme a ese México trazado en mis libros no consideré, mientras estudiaba la primaria, ausencias en ellos. Por el contrario, yo los amaba. A mí me gustaban mis libros de texto, y muy especialmente el de español, aunque mi predilecto fue sin duda el de lecturas, que a la fecha no he podido encontrar.

No me interesó entonces, ni por mucho tiempo, descubrir quiénes fueron los autores de esos libros. Sólo me gustaba leerlos una y otra vez, y sobre todo ver sus magníficas ilustraciones, que si mal no recuerdo tenían una jerarquía importante. Mis libros eran de poco texto y con espacios libres, que servían para imaginar. Su tipografía era grande y sin patines, ahora lo sé porque los he visto. Sus fotografías e ilustraciones podían causarte pesadillas, o perderte soñando despierta aunque estuvieras en clase, de tan buenas que eran. A mí nadie me dijo que tenía que leer en voz alta o que leyera 20 minutos al día; es más, ni recuerdo exactamente en qué grado ni cómo fue que aprendí a leer y a escribir. A mí me gustaban mis libros y punto, me gustaban porque eran buenos y estoy segura de que a mis compañeros también.

He tenido oportunidad de volver a verlos casi todos, y hoy traje dos, el de *Español. Ejercicios de Quinto Grado* y *Mi libro de primero. Parte 1*, elaborado en la oficina en la cual trabajo hoy. Leerlos fue como experimentar un *déjà vu*; saber quiénes fueron los autores, una gran sorpresa.

Cuando cursaba mi educación básica viví las presidencias de Luis Echeverría y José López Portillo, cuyas labores no me interesaban, salvo lo que veía en el televisor de pantalla redonda, al cual costaba cambiarle de canal porque la perilla era dura y hacía un ruido como de tuerca atorada al girar. Sólo había cuatro canales en esos tiempos: el 2, el 13, el 4 —que jamás tuvo una clara definición— y el 5, que transmitía series norteamericanas y caricaturas. Nunca relacioné mis libros con esos dos señores que presidían nuestra nación, pero resulta que por lo menos los primeros, al igual que los libros de *La Patria*, según puede leerse en el libro de Rebeca, tenían un ciudadano lector en mente cuando se comenzaron a escribir.

Yo pertenezco a la que, según Douglas Coupland, es la Generación X,<sup>3</sup> descrita por él como sobreeduca-

<sup>3</sup> Coupland, Douglas, *Generation X: Tales for an Accelerated Culture*, Nueva York, St. Martin's Press, 1991; *Generación X: Cuentos para una cultura acelerada*, México, Ediciones B, 1998.





da y siempre insatisfecha, con problemas para ubicarse en la sociedad y encontrar trabajo, no porque no tenga capacidad para acceder a uno, sino porque ninguno cubre, desde su mirada, las expectativas para las cuales se preparó. Una generación que, a diferencia de la actual y mal llamada *nini*, sí solía terminar su educación básica obligatoria y seguir, si la situación lo permitía, a la universidad. En el México de mi infancia había trabajo, podía abrirse un negocio próspero, los niños podíamos salir solos a la calle —en donde el tráfico excesivo no existía— desde las dos de la tarde hasta las seis, hasta que escucháramos un grito materno desde alguna ventana que nos obligaba de inmediato a regresar.

Nuestros libros, los primeros libros que yo llevé, no mencionaban al autor, sólo indicaban: “Esta obra fue posible gracias a las aportaciones y sugerencias de los maestros, alumnos, padres de familia y autoridades educativas. Supervisión Técnica y Pedagógica: Dirección de Contenidos y Métodos Educativos de la Dirección General de Evaluación y de Incorporación y de Revalidación”, así puede leerse, textual. Su colofón indica que en ese año, 1972, esa vigésima reimpresión,

se tiraban 1,807,922 ejemplares, ni siquiera el tiraje de un solo título de asignatura y grado de cualquier edición de los libros de texto de hoy.

El papel de mis libros también era café, como las ardillas que se tomaban los cachetes para darse un beso en la página 7 de este libro de español de quinto grado que he traído. Hablaban de paz y contenían textos sobre cómo rescatar al caído, de flores y campos, con canciones de marineros, y nos enseñaban a construir palabras, a contar nuestros recuerdos, y decían que nosotros, los niños de quinto, también éramos capaces de escribir poemas.

No venía ninguna presentación del presidente del país, ni tampoco los acuerdos legales que dieran creación a algo, ni decálogos para que nos portáramos bien. Sólo se leía en el texto inicial de Oralia Rodríguez, titulado “Los libros”:

De la escuela nos llevaron a una imprenta grande, impresionante. Al llegar nos recibió el ruido acompasado de las máquinas; tuve la impresión de que la imprenta era un gigante y que nosotros oíamos el ruido de su corazón, de sus pulmones, de su sangre agolpada en las arterias...

Así se iba describiendo la elaboración de un libro gracias a una visita ficticia a la Conaliteg.

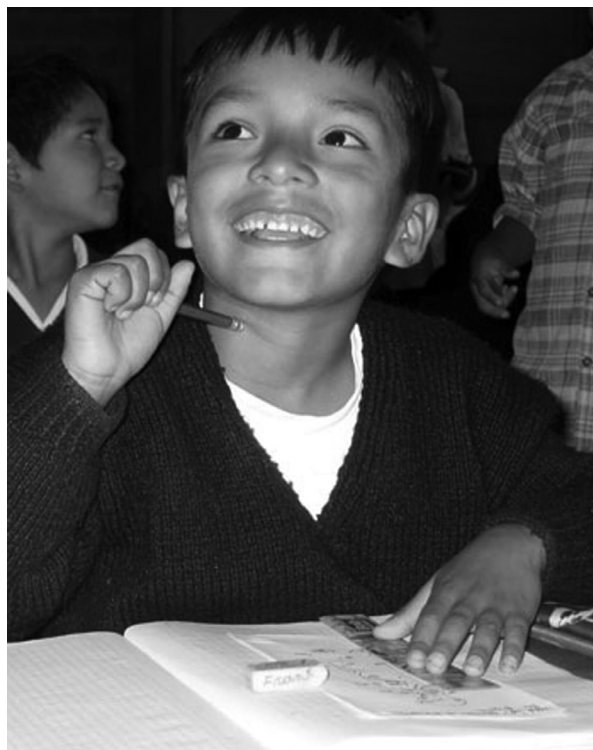
En este libro, los niños llevan su uniforme escolar, vestidos con suéteres verdes, y se van saludando de lejos. Las familias que aparecen en sus casas y sus cocinas parecen una familia de verdad, al igual que en la siguiente generación de libros que también alcancé, de 1981, coordinada por Raúl Ávila, cuyo ejemplar, que traigo hoy, tiene una portada grandiosa de Carlos Palleiro. Ésos siguen siendo libros que invitan a leer, que permiten aprender, que se ven con gusto.

Esos libros que yo llevaba en la primaria, a diferencia de los de hoy, estaban escritos a manera de narración. Si uno jamás había tenido la oportunidad de leer uno, el que fuera, ése, el primero que se recibía en la escuela, podía convertirse de inmediato en el mejor, en el propio: podía leerse en soledad, dentro o fuera de la clase.

Al parecer la impresión no era perfecta, y hoy puede verse, sin necesidad de lupa, el grano reventado de las fotografías o algún desfase de imagen, que sin embargo en aquellos tiempos jamás distrajo mi lectura. Imposible, porque en cualquiera de sus páginas había algo que recordaba el hogar, a la madre, la infancia que estábamos viviendo. Por ejemplo, en la página 37, bajo el título de “Este era un rey que tenía...”, puede verse un castillo por detrás de la barda, con cúpulas árabes que brillan mientras un rebaño de elefantes va entrando muy despacio por una puerta central, en una sencilla imagen que ilustra el poema de Rubén Darío que mi madre me leía algunas noches. Y no encuentro una, sino muchas páginas buenas que podría comentar, pero no hace falta porque, como bien lo dice Lorenza Villa Lever en *Entre paradojas...*, “Los Libros de Texto son la expresión concreta de los planes y programas de estudio, en ellos se plasma el concepto de educación y orientaciones pedagógicas del momento histórico en el que se conciben”.<sup>4</sup> Así, el concepto de educación de los libros que me tocaron anulaba drásticamente al México rural y presentaba un México industrial y muy moderno.

Escritos por intelectuales chilenos y cubanos exiliados en México, según se explica en el libro

<sup>4</sup> Villa Lever, Lorenza, “Reformas educativas y Libros de Texto Gratuitos”, en Rebeca Barriga Villanueva (ed.), *Entre paradojas: a 50 años de los libros de texto gratuitos*, México, El Colegio de México, SEP, Conaliteg, 2011, p. 163.



que hoy presentamos, “respondían a una reforma educativa de 1972, pensada como vehículo privilegiado para presentar el cambio. En el nuevo Plan quedaban atrás los tres ejes anteriores: el mexicano, la familia y la nación, para dar paso a otros que formaran a las nuevas generaciones para asumir su propio aprendizaje, que les permitieran adquirir una conciencia histórica y desarrollaran en ellos una actitud crítica y científica ante el mundo”.<sup>5</sup> Y miren qué coincidencia con el tiempo actual se señala en el libro: “Cuando salen a la luz pública, se desata una discusión, pero ahora está dirigida contra la forma específica de materializar los libros en manos del estado. El punto central de la oposición se orienta hacia los contenidos y no hacia la producción.”

Don Pablo Latapí escribió, según se reproduce en este libro que hoy comentamos, que los libros de texto gratuitos de este periodo cumplían con cuatro condiciones que deben esperarse de la orientación social de un texto de uso nacional: no son dogmáticos, afirman los derechos humanos, las autoridades consultaron su orientación y contenido con los principales grupos de

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 167.

opinión, y están bien hechos pedagógicamente. Después de enterarme de lo que se esperaba que yo fuera tras haber estudiado con esos libros, no estoy segura de que se haya cumplido el cometido.

Y no fue hasta que mi hija entró a la primaria cuando volví a reparar en los libros de texto gratuitos, con una mirada ya no de nostalgia, sino de enojo y descontento. Solíamos revisarlos por las tardes, leerlos o hacer la tarea juntas para luego terminar discutiendo por qué lo que se decía ahí no era verdad, por qué esta palabra no era la adecuada, por qué aquella imagen era bastante mala, por qué los párrafos no se podían leer uno tras otro.

Una vez me sorprendió encontrar en el libro de historia temas que jamás había visto para la escuela en un libro oficial: tres páginas dedicadas al movimiento zapatista de 1994, sólo una al movimiento del 68, varias a los presidentes vivos y muertos hasta llegar al que entonces encabezaba la administración. Más motivos para discutir con mi hija: “Eso no fue así, fue de esta forma”, comenzaba diciendo. Aparecían por fin páginas de la historia que sí podía contarle porque las había vivido.

Fue entonces, mientras trabajaba en la UNICEF, cuando comencé mi labor de correctora externa para la SEP, sin paga. Solía regresarle a la maestra los libros con alguna corrección por aquí o por allá, hasta que me devolvió la cortesía meses después de igual forma. Escribió: “Señora, le agradecería que no corrija más. Por favor, sólo concrétese en leer y no cuestionar, deje que su hija haga la tarea indicada.” Punto.

Por eso concuerdo plenamente con lo que dice Lorenza Villa Lever:

Como toda obra humana, los Libros de Texto Gratuitos son perfectibles, y de hecho, al paso del tiempo y con el trabajo y la experiencia adquiridos, los anteriores fueron mejorando mucho hasta el punto de competir con los mejores. El problema es que en los libros actuales hay un retroceso de calidad y eso es inaceptable.

Esto refiere María Cecilia Fierro en el capítulo “Cívica y Ética: ¿asignatura elusiva o eludida?”,<sup>6</sup> al afirmar que los libros parecen interpelar de la misma manera y sobre el mismo asunto a los niños tan pequeños de primero como a los adolescentes cercanos

<sup>6</sup> *Ibíd.*, p. 469.



a concluir el sexto grado. Hay numerosos ejemplos que ilustran estas inconsistencias, dice, rayando en lo ridículo o lo patético. Ella toma solamente uno para ilustrar cuando se interroga al niño de primer grado de esta manera: ¿qué es reflexionar?, ¿qué debo considerar antes de actuar?, ¿es bueno?, ¿es justo?, ¿es útil?, ¿es necesario?... Señala que se aborda a los alumnos de sexto de forma más elemental: ¿es correcto que los más grandes molesten a los pequeños? ¿Qué se debe hacer?

Mi hija, cuya primaria comprendió de 2008 a 2013, me preguntó hace pocos meses si los libros que íbamos a hacer le tocarían. “Desafortunadamente no”, le dije, “porque este año terminas tu primaria”. “Espero entonces”, me respondió, “que las madres no te los vayan a corregir como tú te la pasaste corrigiendo los míos.”

Creo en el valor de la imagen frente a la formación de los niños como lectores y escritores. Por eso valoro los libros con los que estudiaba antes y que he tenido la oportunidad de volver a encontrar. Hace poco tuve el privilegio de ver, aunque no de tocar, algunas de esas imágenes que fueron pintadas a mano por grandes artistas mexicanos para ilustrar los libros de texto gratuitos. Una me maravilló por-

que la recuerdo en mis libros de primaria: se trata de una escena de la batalla en el Castillo de Chapultepec –ocurrida justamente un día como hoy, 13 de septiembre– en la que puede verse con toda claridad cómo los enemigos ascienden por el cerro y los Niños Héroes asoman por algunas orillas del enorme balcón central del castillo, que en mi casa tenemos a la vista.

La investigación de los libros de texto es un tema apasionante –dice Luz Elena Galván en su escrito–: Una lectura de imágenes de Héroes de la independencia en libros de textos de ayer y hoy. Desde hace varios años inicié su búsqueda y estudio. En mis primeros acercamientos analicé su contenido, sin embargo las imágenes poco a poco me empezaron a atraer.<sup>7</sup>

Luz Elena cuenta su revisión de libros de historia desde 1912 hasta 1994, en cuyo curso ha analizado los gestos, cuerpos, vestido y lenguaje que acompaña las imágenes, además de los caminos posibles para convertir a sacerdotes en soldados y a soldados en héroes, por ejemplo. Sin duda, como bien dice ella, la imagen en el libro de texto es una narración que reconstruye el discurso ideológico subyacente detrás de una nación.

Ese día que miré la pintura real de los Niños Héroes me estremecí porque estaba en la Conaliteg, institución de la que han salido millones de libros durante muchos años, para educarnos y educar a los niños de México. Me estremecí porque parte de esa tarea de formar ciudadanos con la palabra escrita e impresa, de transformar el currículo para que un aprendizaje esperado sea realidad, hoy es responsabilidad mía y del equipo que me acompaña. El libro de Rebeca Barriga y sus compañeros es como una biblia para quienes nos encontramos aquí ahora: leer para saber hacer, aprender de lo bien hecho y mirar el libro actual para mejorar, porque no existe otro camino.

Habría que pensar en seguir discutiéndolo, difundiéndolo, ya sea mediante ocho libros pequeños, cada uno dedicado a sus ocho capítulos, ya sea por medio de instrumentos de divulgación o publicaciones electrónicas, que sirvan para leer y revisar lo que cada uno de los 32 autores que dan forma a *Entre paradojas*... va planteando en torno al libro de texto, en una revisión que no debe interrumpirse.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 403.



Martín Luis Guzmán.

“Paradoja”, según el Diccionario de la Real Academia Española, es una aserción inverosímil o absurda, que se presenta con apariencias de verdadera, una idea extraña u opuesta a la opinión aceptada y al sentir de las personas.<sup>8</sup> Así el libro de Rebeca Barriga y los demás estudiosos, por una parte, y, por la otra, nuestra tarea coinciden en el terreno de la paradoja: dejar de ser lectora para trabajar por los que van a leer, situarse, no enfrente, sino detrás del mesabanco, como si fuéramos también quienes leeremos esos libros que hoy tendremos la oportunidad de hacer.

Doy las gracias a Rebeca por esta invitación a conocerla y a leer el libro cuya elaboración y proceso puedo imaginarme. No es tarea menor reunir 32 plumas para escribir sobre el libro mexicano que se ha constituido en la columna vertebral de la enseñanza en las aulas de educación básica de México. Antes de este libro, mi personaje histórico favorito educativo, aun con sus luces y sombras, era José Vasconcelos;

<sup>8</sup> “Paradoja (del lat. *paradoxus*, y este del gr. παράδοξος) 1. adj. desus. paradójico. 2. f. Idea extraña u opuesta a la común opinión y al sentir de las personas. 3. f. Aserción inverosímil o absurda, que se presenta con apariencias de verdadera. 4. f. Ret. Figura de pensamiento que consiste en emplear expresiones o frases que envuelven contradicción. “Mira al avaro, en sus riquezas, pobre.”

ahora, gracias a los textos de Engracia Loyo, Aurora Loyo Brambila y Alfonso Rangel Guerra, sin duda ha quedado desbancado por Jaime Torres Bodet, a quien me habría encantado conocer.

Me ha tocado sufrir, y sé que no por única ocasión, desencuentros populares y rechiflas, molestias y discusiones a causa de este o aquel error en los libros que yo no hice, pero que recibí y asumo, con el mismo privilegio que representa emprender hoy esta hermosa tarea. Por eso me ha aliviado leer, en el texto de Valentina Torres Septién, sobre aquellos padres de familia manifestándose en las calles, publicando desplegados en los diarios y quejándose por ese libro de texto único que hace más de cinco décadas el gobierno imponía como único a todos los niños mexicanos que estuvieran en la escuela primaria. Pero también tomo en cuenta lo que Eduardo Backhoff y Luis Ángel Contreras comentan cuando se refieren a la evaluación:<sup>9</sup> “En mi opinión y en la de muchos autores”, dicen, “el contenido de los textos escolares debe ser visto entre algunos otros aspectos como:

- La expresión concreta de los planes y programas de estudio.
- La legitimación de un tipo de conocimiento en detrimento de otro.
- El resultado de batallas académicas y de compromisos políticos, económicos y culturales.”

He ahí buena parte del reto que bien describe Raúl Ávila, casi al final de *Entre paradojas...*:

... cuando en octubre de 1978, el secretario de Educación Pública me invitó a encargarme como editor responsable o coordinador general de los textos de español de la tercera generación, pensé, ingenuamente, que mi experiencia sería suficiente para aceptar la responsabilidad. Así que le dije: “Yo sé lo que se siente cuando una errata se repite por millones de ejemplares. He sobrevivido a ese estigma y, si usted puede tolerar mis errores, acepto.” Y así empezó todo.<sup>10</sup>

Confieso que no conocía a la “fabulosa y santa Hermana Salvadora de los Santos, india otomí, donada del Beaterio de Carmelitas de la ciudad de Querétaro, alta de cuerpo, fornida para el trabajo, de notoria vir-

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 556

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 385.

tud, que aunque sencilla no era tonta y que se enervaba hablando, de tal suerte que confundía con sus razones a quien la provocaba. Con conocimiento de medicina, teatro, danza, buena para domar caballos salvajes, encontrar objetos perdidos y leer los pensamientos de las mujeres”, cuya vida ejemplar, narrada por Antonio Paredes en 1762, se convirtió en un clásico de la enseñanza escolar para los alumnos mexicanos durante tres décadas antes de la Independencia.

Hoy quisiera recuperar ese texto, que cuenta Dorothy Tanck en tu libro, sobre la india a la que primero se veía con escarnio y luego se veneró hasta convertirla en ejemplo social y objeto de comparación para las mujeres españolas, quienes, según su autor, “preciadas de nobles y entendidas, con más auxilios, luces y alcances, no quisieron seguir el camino del Cielo, eran engreídas con los placeres del mundo”.<sup>11</sup>

Tuve que dejar pendiente, en el buró, el libro *Purga* de Sofí Oksanen,<sup>12</sup> que de verdad me estaba gustando, para cumplir con la invitación que nos hace coincidir aquí: si no me equivoco, fue hace casi seis meses, justo cuando acababa de incorporarme a esta nueva encomienda en la SEP. Y cierro con tres últimas confesiones:

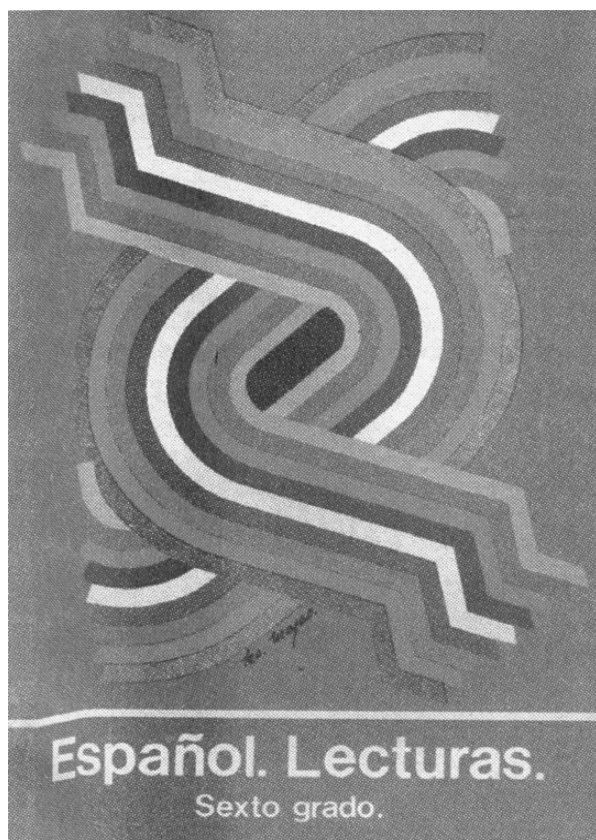
*Primera:* Trabajé en la SEP en este mismo sitio al que ahora vuelvo, hace ya 11 años, cuando recién venía llegando de Baja California. Mi hija Abril, que hoy tiene esa edad, aprendió a caminar en el edificio de Cuauhtémoc que albergaba entonces a la Subsecretaría de Educación Básica. Sus primeros pasos fueron desde una pared hasta la rueda de la fortuna de madera que todavía existe en la oficina del Programa Nacional de Lectura, donde entré a trabajar. Yo estaba en una junta, como sigo estando casi todos los días, cuando una amiga entrañable, Carola Diez, gritó: “Laura, sal, corre que tu hija ya sabe caminar.” Fue ahí donde conocí a Elisa Bonilla, a quien vi trabajar cinco años con una pasión y talento poco comunes, desde mi perspectiva, en el papel de responsable de la mejor generación de libros de texto gratuitos de la época reciente. Por eso es un honor compartir con ella, con Rebeca Barriga y con Joaquín Díez-Canedo<sup>13</sup> esta mesa.

*Segunda:* Esta tarea de volver a la SEP ha obligado a revisar nuestra producción actual frente a los tiempos

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 61.

<sup>12</sup> Sofí Oksanen, *Purga*, Oaxaca, Almadía, 2013.

<sup>13</sup> Director general de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos desde el 15 de enero de 2013.



y los niños que hoy asisten a la escuela. No sé en qué momento la imagen perdió su valor en el libro de texto, en qué momento el libro perdió su valor, ni cuándo las palabras comenzaron a amontonarse tanto y sin sentido hasta extraviar al lector que está en la escuela. Pero sé que estamos revisando de la mano de muchos esta labor de hacer nuevos libros de texto, que es de enorme importancia. ¿Debe el libro de texto gratuito seguir siendo único? ¿Qué tanto de sus contenidos pueden ser digitales o audiovisuales y qué tanto debe seguir estando en el papel? ¿Debe volver el cuaderno de trabajo? ¿Cuál es la mejor forma de trabajar la lectura y la escritura de manera transversal? ¿Hasta dónde es pertinente la participación de la industria editorial? ¿Cuántos libros debería hacer la SEP y cómo ir caminando hacia la autonomía de la escuela en la producción de materiales? Y lo más importante: ¿qué tipo de mexicano estamos imaginando a través de nuestros libros? Éstas son algunas de las preguntas que nos estamos haciendo para pensar una nueva generación de materiales educativos que incluso pueda surgir de las escuelas, y el libro de Rebeca y

los demás autores que allí figuran abona muchísimo a esta reflexión.

Yo lo sabía. Por eso, unas semanas antes de recibir la invitación aquí, cuando llegué a la SEP, pregunté por ese libro negro de los cincuenta años de los libros de texto que hoy presentamos. De todo lo que en él he podido leer, muy particularmente citaré una de las partes que más me gusta, justamente contenida en el texto “Avatares de la enseñanza en Español” de Rebeca Barriga, que incluye el mensaje imaginario para la SEP de los niños, quienes señalan sobre sus libros de lecturas y español:

- Yo digo que les pongan un poco más de poesía y menos de lectura.
- Que les pongan más fantasía y bonitos dibujos.
- Sí, que tienen que poner mejor información.
- Les digo a los de la SEP que es muy simple, y la portada no es bonita.
- Que sea más grande y más interesante, y que le pongan menos autoevaluaciones.
- Gracias por inventar este libro de español.

*Tercera:* Hemos tenido la fortuna de coincidir en esta labor con un excelente equipo de la Conaliteg, con el cual se puede dialogar, construir y encontrar soluciones, pues la nuestra es una tarea compartida. Por tanto, doy las gracias a Joaquín Díez-Canedo: esa gran capacidad de comunicación siempre ayuda a que las cosas funcionen. En esta tarea de repensar el libro de texto, éstos que traigo para la presentación nos han servido para preguntarle a mucha gente del estado de Puebla y de algunos otros: ¿qué significó para ti el libro de texto?, y entonces, los entrevistados, de diferentes edades, al tener en sus manos los libros que llevaban a la escuela, lloran, se ponen nostálgicos, recuerdan sus años más felices, vuelven al pasado y descubren el gran valor que estos textos dejaron en sus vidas.

El de La Patria es mío, comprado, como dije, en el bazar de la Roma. Pero los otros dos, estimado Joaquín, éstos que sí llevé durante mi primaria, no me pertenecen, nos los ha prestado la Conaliteg, tu equipo. También por ello muchas gracias, ten la certeza de que los cuidaré como lo que son, mis favoritos; serán devueltos sanos y salvos, como si yo tuviera diez años y me los hubieran dado en la primaria, como si todo el año hubieran estado en mi mochila, como si pudiera tomar un lápiz y escribir en su lomo: “Este libro pertenece a Laura Athié, estudiante, quinto grado de Primaria.” ✍

## Los libros de texto gratuitos

En febrero de 1959 tuve oportunidad de obtener del presidente López Mateos una aprobación de la cual me siento todavía muy satisfecho: la que nos autorizó a editar y distribuir, por cuenta de la Federación, los libros de texto y los cuadernos de trabajo que recibirían gratuitamente todos los niños de las escuelas primarias de la República.

Desde 1944 me había preocupado aquel gran problema. Hablábamos de educación primaria, gratuita y obligatoria. Pero al mismo tiempo exigíamos que los escolares adquiriesen libros —muchas veces mediocres— y a precios, cada año, más elevados. El 12 de febrero, tres días después de iniciar las tareas destinadas a elaborar el programa de mejoramiento de la educación primaria, el licenciado López Mateos firmó un decreto por el cual se creó la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos.

Había yo discutido el asunto, no solamente con él, en anteriores acuerdos, sino con varios profesores y hombres de letras. El entusiasmo del Presidente me estimuló. Los profesores aplaudieron la idea, pero me expresaron múltiples dudas. Los hombres de letras me miraron como a un ser raro, que concedía incomprensible importancia a tan modesta literatura. Editar a los clásicos, como lo hizo Vasconcelos en 1921, eso, sin duda, valía la pena. Volver a publicar la Biblioteca Enciclopédica Popular, principiada en 1944 e interrumpida en 1948, sería también un plausible intento. Pero ¿gastar millones en difundir

<sup>1</sup>Jaime Torres Bodet, *Memorias*, II, *El desierto internacional / La tierra prometida / Equinoccio*, 2ª. ed., México, Editorial Porrúa, 1981, xii+756 pp., pp. 386-391.

kilómetros de prosa como la que abundaba en los manuales que conocíamos? ¿Quién redactaría esos nuevos textos? Nuestros más célebres escritores no descenderían de las alturas de su Parnaso para contar a los niños la historia de México, describirles su geografía, prepararlos a la lectura de *Don Quijote* y guiarlos por el camino que siguió otro caballero andante, llamado Simón Bolívar, entre montañas, batallas y convulsiones, hasta encontrar en la muerte la última libertad. Algunos, ciertamente, me oyeron con más cautela. Parecían hallarse de acuerdo conmigo, aunque sin mucho convencimiento. El que se interesó desde luego por semejante empresa fue Martín Luis Guzmán.

Sin demora, hizo las investigaciones indispensables. Poseía amplísima información acerca del trabajo editorial en México y en Madrid. Y me sometió, una mañana, el borrador de un texto que coincidía, punto por punto, con mis propósitos. Tal fue el origen del decreto que presenté al licenciado López Mateos.

Antes de firmarlo, el Presidente quiso enterarse de lo que costaría aventura tan arriesgada. Le proporcioné los datos que habíamos reunido. Representaban sumas cuantiosas. Y temí, en cierto instante, que debiésemos limitarnos a ofrecer exclusivamente textos gratuitos a los alumnos matriculados en los planteles de la Federación. El Presidente aspiraba a más. “Todos son niños —me dijo— y todos son parte de nuestro pueblo.” Se daba cuenta del sacrificio económico que ese nuevo esfuerzo requeriría. Pero firmó el decreto, persuadido del bien que haría a nuestra niñez. “Eso sí” —me indicó, al observar el júbilo que



me produjo su decisión—“deberá usted velar por que los libros que entregue a los niños nuestro gobierno sean dignos de México, y no contengan expresiones que susciten rencores, u odios, prejuicios y estériles controversias.”

¿Quién presidiría la comisión? El licenciado López Mateos apreciaba mucho a Martín Luis Guzmán. Sin embargo, cuando le propuse su nombre, dudó un momento. “Conozco todos sus méritos”, me indicó, “y lo admiro mucho, personalmente. Pero ha sido muy combatido. ¿No tiene usted a otro candidato?”

Le contesté que no. A mi juicio, Guzmán sabría hacer respetar el ideal mayor de su vida pública: el liberalismo. Inteligente, activo, extraordinario prosista y espléndido ejecutor, administraría muy bien una comisión difícil de establecer y más difícil de dirigir. El Presidente aceptó mi respuesta. Y me autorizó a ofrecer el cargo al autor de *El águila y la serpiente*.

No nos arrepentimos de esa elección. Martín Luis realizó prodigios, sin premura, pausas, fatigas, desalientos o inútiles arrogancias. Escogimos, de común acuerdo, a los miembros de la comisión que iba a presidir: Arturo Arnáiz y Freg, Agustín Arroyo Ch., Alberto Barajas, José Gorostiza, Gregorio López y Fuentes y Agustín Yáñez; un historiador valioso, un

político experto, un matemático de sabiduría reconocida, un gran poeta y dos novelistas muy afamados. Por lo que atañe a los asesores técnicos, Martín Luis me pidió que fuese yo quien los propusiera. No conocía él a los pedagogos capaces de contribuir al éxito de la obra. Creo que fue venturosa la selección. Incluía a las maestras Soledad Anaya Solórzano, Rita López de Llergo, Luz Vera, Dionisia Zamora y a los maestros René Avilés, Federico Berrueto Ramón, Arquímedes Caballero, Celerino Cano, Isidro Castillo, Ramón García Ruiz, Jesús M. Isaías y Luis Tijerina Almaguer. Como representantes de la opinión pública actuarían los directores de los diarios capitalinos más difundidos: Ramón Beteta, Rodrigo de Llano, José García Valseca, Miguel Lanz Duret y Mario Santaella.

El Presidente no se había equivocado al prever que la reacción acusaría al gobierno de “partidismo” por el nombramiento de Martín Luis Guzmán. Pese a la presencia en la comisión de los directores de los grandes diarios (uno de ellos delegó sus funciones en José Vasconcelos), nuestro programa pareció sospechoso a muchos. En no sé cuál de sus ediciones, *Excélsior* acogió una nota de Pedro Vázquez Cisneros. Para el autor, la designación de Guzmán significaba tanto como “poner la iglesia en manos de



Lutero”. A su juicio, nos habíamos equivocado muy seriamente. Y concluía: “El bien común y el derecho de los padres de familia exigen que se vigile la obra de don Martín Luis Guzmán, y que se tomen precauciones defensivas a su respecto...”

Ese disparo al aire no era sino el anuncio de un graneado fuego de batería. Por espacio de largos meses, fuimos objeto de la hostilidad de libreros y autores profesionales de obras de texto. En agosto de 1960, un grupo de profesores publicó en los diarios, a plana entera, una crítica acerba —y en muchos sentidos injusta— de nuestros libros. Les contestaron otros maestros, menos sumisos sin duda a la voluntad de lucro de ciertas editoriales. Días más tarde, escritores como René Capistrán Garza, Alí Chumacero, Luis Garrido, Andrés Henestrosa, Francisco Monterde, Rubén Salazar Mallén, Jesús Silva Herzog, Alfonso Teja Zabre, Julio Torri y Artemio de Valle-Arizpe nos manifestaron públicamente su adhesión. Más persistente que la ofensiva de autores y de libreros, resultó la que iniciaron opositores sistemáticos del gobierno.

Fieles a preceptos no confesados (aunque emanaban, en ocasiones, de cautelosos confesionarios), las escuelas particulares declararon un clandestino boicot contra los libros de la Secretaría. En Monterrey, ciertos sectores consideraron propicio el momento para que los “padres de familia manifestaran su indignación”. Lo que se buscaban, en el fondo, era debilitar al gobernador, electo recientemente. Se le pedía que no permitiera la distribución de los libros de texto gratuitos en los planteles del estado; pero se esperaba, sobre todo, obtener un cambio de frente en la selección de sus colaboradores. El gobernador, don Eduardo Livas, vino a la capital. Le ofrecí que enviaríamos a Monterrey a algunos maestros de México a fin de que contestaran, en público, a todas las acusaciones dirigidas contra los textos. El debate demostró hasta qué punto las más enconadas diatribas procedían, precisamente, de quienes ni siquiera se habían tomado el trabajo de leer lo que censuraban.

Durante el viaje que hizo a León, en enero de 1963, para inaugurar la Ciudad Deportiva del Estado de Guanajuato, el Presidente se vio asediado por niños que obedecían consignas de críticos invisibles. Ostentaban, en un cartel, esta frase cínica: “El texto único es una vergüenza para México.” ¿Qué intentaban con esa injuria? ¿Acusarnos de ejercer una “esclavitud mental”: la que, según sus ocultos guías,



Jesús Helguera, *La Madre Patria*, 1963.

estábamos imponiendo a los escolares mediante el reparto de los libros de texto gratuitos?

“Lo que es una vergüenza para México —contestó el Presidente— es que las fuerzas oscuras, que no dan la cara, se valgan de niños para decir un pensamiento que no tienen el valor de expresar. Y esas mismas gentes irresponsables quieren, además, engañar al pueblo. Hablan de un texto único, como si ese texto pretendiera deformar la conciencia nacional. Pero ocultan que es un texto gratuito, para que llegue a los hijos de todos los mexicanos. Y que es el único texto gratuito.”

En efecto, como el libro gratuito servía de base —en las pruebas— para atestiguar el aprovechamiento de los estudios, se le tildó fácilmente de “libro único”. En vano reiteramos con insistencia que, además del gratuito, los maestros podrían recomendar otros volúmenes de consulta.

La comisión había convocado a nuevos certámenes. Y digo “nuevos”, porque —desde 1959— invitó a escritores y maestros a participar en diversos concursos. Los resultados no fueron alentadores. Al conocer el fallo de los jurados, en su mayor parte desfavorables, Martín Luis y sus consejeros se vieron en la necesidad de encargar a maestras y maestros de competencia reconocida la redacción de los tex-

tos que publicamos. Antes de editarlos, Martín Luis revisaba los originales personalmente, y me enviaba los proyectos ya corregidos, para darme oportunidad de que los juzgase. En general, los que examiné me parecieron útiles —aunque perfectibles, pues debo confesar que, en muchos casos, me entristeció la limitada visión de los redactores. Al leer tantas páginas pedagógicas (mejores, ciertamente, que las que habían difundido hasta entonces las librerías), pensé en la calidad de los manuales alemanes, franceses, ingleses y suizos que tuve ocasión de juzgar cuando fui director general de la UNESCO.


El manual más sencillo es el fruto de una evolución cultural prolongada, compleja y honda. Emanada de experiencias históricas muy profundas. Representa la síntesis de una lenta alquimia docente, literaria, científica —y hasta política. En los Estados jóvenes, los libros de texto adolecen a menudo de inmadurez, improvisaciones, encogimientos —o, al contrario, de súbitas petulancias. Sin embargo (a pesar de sus deficiencias), los que distribuimos constituían un esfuerzo sin precedente en la América Latina. Renovarlos, mejorarlos y actualizarlos —como lo aconsejan ciertos educadores— será, sin duda, muy provechoso.

Durante cinco años, la comisión editó y distribuyó más de ciento doce millones de ejemplares de libros de texto y cuadernos de trabajo. Los primeros libros fueron entregados al Presidente el 12 de febrero de 1960, en la Editorial Novaro. En su informe, Martín Luis decía con razón que se trataba de “los libros más humildes, pero a la vez los más simbólicos que una nación adulta” podía ofrecer gratuitamente a sus hijos. “Son los más humildes —manifestaba— porque sólo responden al propósito, elementalísimo, de que los niños aprendan... los rudimentos de la lectura.” Y añadía: “Son los más simbólicos, porque con ellos se declara que, en un país amante de las libertades, como es México, el repartir uniforme e igualitariamente los medios y el hábito de leer es algo que nace de la libertad misma.”

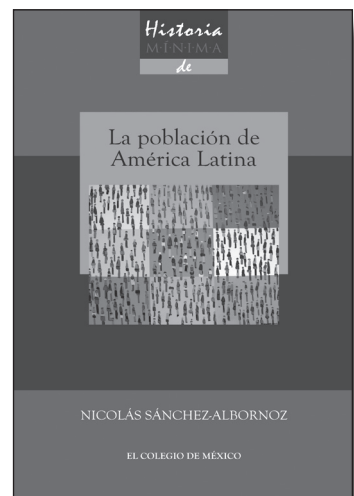
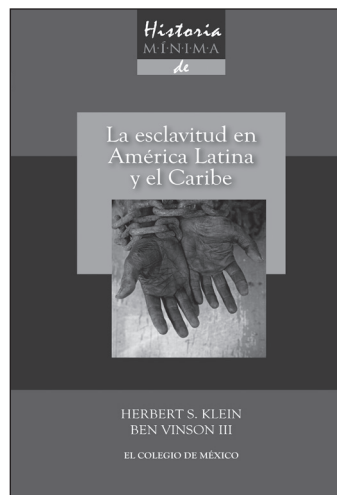
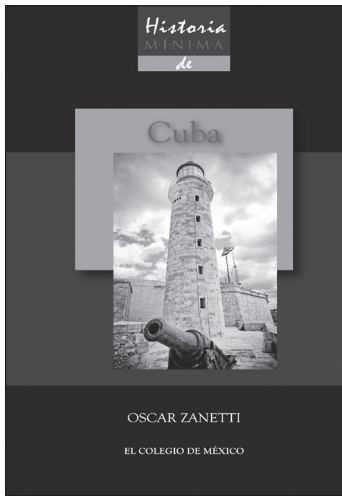
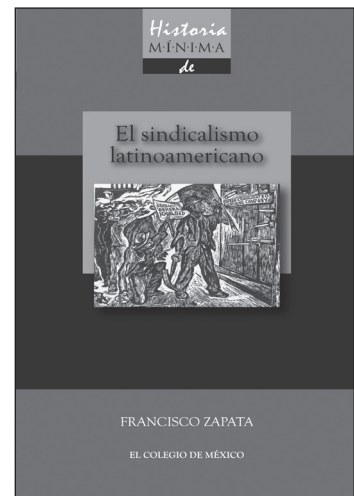
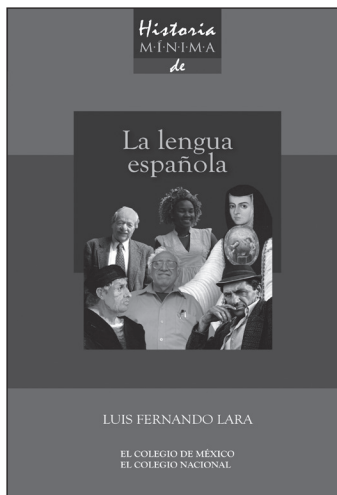
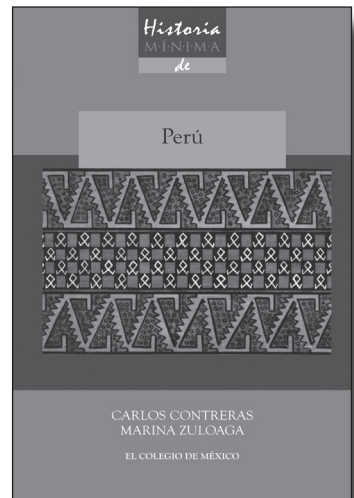
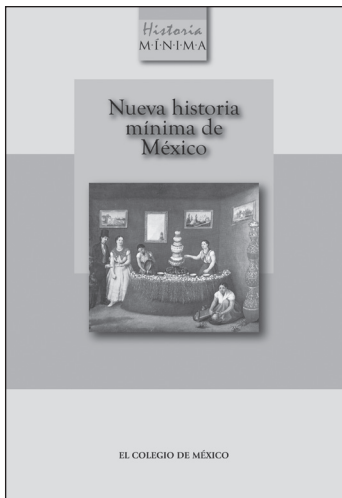
Días más tarde, tuve que ir a San Luis Potosí. Gobernaba el estado mi amigo Francisco Martínez de la Vega, quien deseaba que inaugurásemos juntos la escuela secundaria “Camilo Arriaga”. Aproveché la oportunidad para proceder al primer reparto oficial de los libros de texto gratuitos. Elegimos un plantel primario de la colonia Saucito, de humilde traza y heroico nombre: la escuela “Cuauhtémoc”. Niños indígenas y mestizos recibieron los ejempla-

res que les estaban destinados y que, según les expliqué, eran un regalo hecho al pueblo por todo el pueblo de la República. Vino entonces a mi memoria la visita hecha a San Luis Potosí, en 1954, antes de que sufriese la intervención quirúrgica que conté ya en otras páginas de este volumen. ¿Quién me hubiese dicho, durante los meses de sombra que atravesé después de esa intervención, que volvería a la ciudad natal del poeta de la “Noche Rústica de Walpurgis”, llevando en mis manos luz para los nietos de quienes fueron sus coterráneos?

Por fin, el 18 de julio de 1964, pudimos inaugurar el conjunto de las instalaciones de que dispone actualmente la comisión, Acompañé, en ese acto, al presidente López Mateos. Recorrimos los diversos locales, admiramos los talleres y estrechamos las manos de dibujantes, cajistas, impresores y obreros. Flotaba por todas partes un sano olor a tinta de imprenta y a papel acabado de fabricar. Martín Luis iba de un lado a otro, breve y eufórico. Mientras conversaba él con el Presidente, tuve la impresión de haber dado término a un capítulo de mi vida. Pronto dejaría de ser secretario de Educación Pública. Pero no habría ya en nuestro país, en lo sucesivo, niño que careciese (si asistía a un plantel primario) del material de lectura que todo estudio requiere. Recordé un retrato conmovedor: el de una niña que sostenía, entre sus frágiles dedos, un libro del primer grado. Sus ojos, vivaces y sonrientes, parecían prometer a quien los veía la realización de una hermosa esperanza libre. La Patria, representada en la primera página de su texto, le infundiría valor para persistir.

Aunque han pasado los años, los libros gratuitos siguen distribuyéndose. No me hago, a este respecto, ilusión alguna. Lo sé muy bien: quienes reciben esos volúmenes ignoran hasta el nombre del funcionario que concibió la idea de que el gobierno se los donase. No obstante, cuando —al pasar por la calle de alguna ciudad de México— encuentro a un niño, con sus libros de texto bajo el brazo, siento que algo mío va caminando con él. Y reitero mi gratitud para el gran Presidente humano, sin cuya comprensión no hubiese podido nunca llevar a cabo —según comentó Ertze Garamendi, en un artículo que no olvido— lo que definió Goethe como la dicha mejor del hombre: realizar, en la madurez, un sueño de juventud. 

**C**  
**M** EL COLEGIO  
DE MÉXICO  
Publicaciones



**El Colegio de México, A. C.,**  
Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20,  
Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.  
Para mayores informes:  
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,  
Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:  
publicolmex@colmex.mx

**Escuelas en tiempos de cambio:**  
política, maestros y finanzas  
en el valle de Toluca durante  
la primera mitad del siglo XIX

José Bustamante Vismara



EL COLEGIO DE MÉXICO



**LAS LEYES DE REFORMA Y  
EL ESTADO LAICO:  
IMPORTANCIA HISTÓRICA  
Y VALIDEZ CONTEMPORÁNEA**

Roberto Blancarte  
Coordinador

EL COLEGIO DE MÉXICO  
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

MARÍA TERESA MIAJA DE LA PEÑA

**Si quieres  
que te lo diga,  
ábrete  
tu corazón**

1001 adivinanzas  
y 51 acertijos  
de pilón



**Del rey al presidente**

Poder Ejecutivo, formación del Estado y soberanía  
en la Hispanoamérica revolucionaria  
1810 - 1826

María Victoria Crespo



Jornadas  
162

EL COLEGIO DE MÉXICO

**México y su diáspora  
en Estados Unidos**  
Las políticas de emigración desde 1848



Alexandra Délano

EL COLEGIO DE MÉXICO

**LOS PIJOS DE MADRID**

REFLEXIONES SOBRE LA IDENTIDAD  
Y LA CULTURA DE UN GRUPO DE JÓVENES

KARINE TINAT



EL COLEGIO DE MÉXICO

**REPENSAR  
LA REVOLUCIÓN  
MEXICANA**

Volumen II  
Alan Knight



EL COLEGIO DE MÉXICO

**ÁFRICA**

Pensamiento y controversias  
V. Y. Mudimbe



EL COLEGIO DE MÉXICO

**El Colegio de México, A. C.,**  
Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20,  
Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.  
Para mayores informes:  
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,  
Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:  
publicolmex@colmex.mx